

# El Movimiento Democrático de Mujeres y las comunistas: de la resistencia antifranquista a la movilización feminista

*The Movimiento Democrático de Mujeres and the communist women: from antifrancoism resistance to the feminist mobilization*

**Claudia Cabrero Blanco**

*Doctora en Historia Contemporánea por la Universidad de Oviedo*

## Resumen

Como parte de la estrategia puesta en marcha desde comienzos de los años sesenta, el PCE impulsó, en 1965, la creación de un movimiento unitario concebido sobre bases amplias y plurales, el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), que se convirtió, ya en los setenta, en la principal vía a través de la cual se articuló la presencia de las comunistas en el movimiento feminista. El MDM contribuyó a hacer visible la labor femenina en la oposición al franquismo, impulsó la lucha en los barrios y fue una organización clave en el desarrollo del feminismo en los años finales de la dictadura. Además, los planteamientos de mujeres comunistas y de militantes feministas abrieron vías para el debate sobre la cuestión femenina en las filas del PCE por lo que su trayectoria permite analizar el discurso comunista respecto la organización política de las mujeres y la forma en la que las militantes lo asumieron, negociaron o cuestionaron.

Palabras clave: Movimiento Democrático de Mujeres (MDM), Partido Comunista de España (PCE), feminismo, antifranquismo, Asturias.

## Abstract

*As part of the strategy launched since the early 1960s, the Communist Party of Spain (PCE) promoted in 1965 the creation of a unitary and plural movement called Women's Democratic Movement (MDM). This organization became, in the seventies, the main way through which the presence of communists was organized in the feminist movement. The MDM contributed to give visibility to the role women played in the opposition to Francoism, increased local mobilization and was a key organization in the development of feminism in the final years of Franco's dictatorship. In addition, the views of communist women and feminist militants opened the debate on the woman question in the PCE. For this reason, the evolution of the MDM allows an analysis of the communist discourse on the political organization of women and the way in which the militants assumed, negotiated or questioned it.*

*Key words: Women's Democratic Movement (MDM), Communist Party of Spain (PCE), feminism, anti-Franco movement, Asturias.*

En el proceso de desgaste que fue experimentando la dictadura durante los años del Segundo Franquismo fueron muchas y muy diversas las voces discordantes implicadas y, entre ellas, las de las mujeres resonaban cada vez con más fuerza. Frente a la negación de derechos y la falta de libertades a que las constreñía el régimen, en el nuevo contexto que se inició con la década de los sesenta un número creciente de ellas empezó a incorporarse al movimiento obrero, a la lucha política, a la agitación universitaria y a la conflictividad vecinal. Mujeres de generaciones y extracciones sociales diferentes confluyeron en este proceso, y a militantes *veteranas* de la izquierda tradicional, que protagonizaron desde finales de los cincuenta las labores de apoyo al movimiento obrero, se sumaron, a mediados de los sesenta, otras más jóvenes procedentes del ámbito estudiantil o universitario. Mientras las primeras representaban a una generación en la que la represión y el parentesco habían desembocado en la adopción de una ideología claramente antifranquista, en el caso de las segundas la vinculación a la resistencia no estaba tan relacionada con la tradición familiar y los lazos afectivos. Es más, como apuntaba Carme Molinero, una parte de esta nueva militancia femenina llegó a la política también como mecanismo de rebeldía respecto al modelo vital ligado al ámbito doméstico que se les había asignado: inicialmente, más que igualdad, muchas buscaban mayor libertad y autoafirmación en la propia inteligencia y capacidad<sup>[1]</sup>.

En términos generales, hasta la década de los setenta la movilización femenina si-

guió vinculada al proyecto político de acabar con la dictadura, pero las dimensiones y las expectativas de la lucha que protagonizaron las mujeres fueron cambiando. Sus actitudes de resistencia se fueron diversificando y dieron lugar a un amplio repertorio de protesta que iba desde la colaboración en papeles considerados auxiliares a los de los varones hasta una actuación colectiva, más o menos independiente según los casos, con la que se irá avanzando en el camino hacia una lucha propia. La implicación cada vez más significativa de las mujeres en el combate por la democracia y la heterogeneidad cada vez más manifiesta de su militancia llevó a las organizaciones de la izquierda a hacer esfuerzos por adaptar sus esquemas teóricos y su práctica política a la nueva realidad. El Partido Comunista fue el que llevó a cabo un mayor esfuerzo en este sentido aunque, a pesar de ello, en el tratamiento de la cuestión femenina el PCE siguió desarrollando, hasta bien entrados los años setenta, un discurso ambiguo que se movía entre la defensa del igualitarismo en la teoría y la difícil aceptación de la diferencia en la práctica<sup>[2]</sup>.

La visión general que sobre la problemática de la mujer mantuvo el PCE en los años sesenta se puso de manifiesto en el VII Congreso del Partido, celebrado en 1965 y cuyas actas se publicaron en 1967 bajo el título de *Un futuro para España: la democracia económica y política*. En el apartado dedicado a «La emancipación de la mujer y las bases humanas de la nueva sociedad» se resaltaban las discriminaciones laborales y educacionales de la población femenina, el relegamiento al hogar y el peso de la tradición, pero no se consideraba la cuestión de la mujer como un problema distinto al resto

1.- Carme Molinero, «Historia, mujeres, franquismo. Una posible agenda de investigación en el ámbito político», en Manuel Ortiz Heras (coord.), *Memoria e Historia del Franquismo: V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Cuenca, Universidad de Castilla La Mancha, 2005, pp. 185-186.

2.- Giaime Pala, «Entre paternalismo e igualitarismo. El PSUC y la cuestión de la mujer en los años del tardofranquismo», *Mientras Tanto*, n° 97 (2005), pp. 133-148.

de los que presentaba la sociedad española<sup>[3]</sup>. También en 1967, la Resolución de abril del Comité Ejecutivo del Partido incluía una serie de consideraciones acerca del trabajo entre las mujeres y la actividad de militantes y cuadros al respecto. En primer lugar, se hacía referencia a la importancia de atraer a sus filas a las mujeres de los presos, que venían desarrollando una intensa actividad en solidaridad con el movimiento obrero, y rentabilizar su influencia social. Pero además, como parte de la estrategia puesta en marcha en estos años, que buscaba convertir al PCE en el primer partido de masas del antifranquismo, se planteaba la necesidad de contar con las mujeres de diversos grupos sociales que simpatizaban con la lucha y las ideas del Partido. En este sentido, empezaba a hacerse evidente que las estructuras estrictamente clandestinas no se adaptaban siempre a las posibilidades de participación de las mujeres, por lo que era necesario rehuir toda rigidez, adoptando en cada lugar las formas más apropiadas para su incorporación<sup>[4]</sup>. Este planteamiento fue reiterado en el informe al pleno del Comité Central del verano de 1967, que se publicó a finales del año como *Nuevos enfoques a problemas de hoy* y en el que se aseguraba que una parte vital del movimiento de masas en marcha hacia la libertad era el naciente movimiento femenino. Esta elaboración teórica tuvo su plasmación práctica en la orientación del trabajo del Partido entre las mujeres en una triple dirección: por un lado, se buscó favorecer su encuadramiento dentro del organigrama partidario con la

creación de células de mujeres o con formas más flexibles de integración; por otro, se trató de fomentar el trabajo entre las masas, especialmente entre las trabajadoras, las amas de casa y las asociaciones vecinales y culturales; y por último, con el objetivo de insertar la lucha de las mujeres en la más amplia lucha contra el franquismo, el PCE impulsó la creación de un movimiento unitario concebido sobre bases amplias y plurales: el Movimiento Democrático de Mujeres (MDM). En el MDM coexistieron perfiles e intereses diferentes que en ocasiones se entrecruzaron y en otras se confrontaron. La convivencia de reivindicaciones que se ajustaban a los planteamientos de género más tradicionales con la llegada de la nueva militancia femenina generó conflictos y tensiones. Pero al mismo tiempo, esta convivencia favoreció la creación de un espacio de confluencia desde el que se fue incorporando la cuestión femenina al discurso del PCE y que se convirtió, ya en la década de los setenta, en el principal vehículo a través del cual se articuló la presencia de un sector de las mujeres comunistas en el movimiento feminista.

### **Origen, objetivos y primeras estrategias del Movimiento Democrático de Mujeres: entre la solidaridad, la lucha política y la defensa de los derechos femeninos**

El MDM fue la primera organización de mujeres, tras la reconstrucción de las Agrupaciones Femeninas Antifascistas de la Guerra Civil (AFA), creada en los años de dictadura. Ambas surgieron por iniciativa comunista y ambas lo hicieron dentro de la órbita identitaria de la cultura política antifascista aunque, a diferencia de las AFA, el MDM nació con vocación de convertirse en un movimiento autónomo, con instrumentos de lucha propios. Para entender

3.- Santiago Carrillo (prol.), *Un futuro para España: la democracia económica y política*, París, Colección Ebro, Éditions de la Librairie du Globe, 1967, pp. 205-210.

4.- Resolución del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España, «Por un Partido Comunista de masas para acelerar la transición hacia la democracia», 1967, Documentos del PCE: carpeta 48, Archivo Histórico del PCE (en lo sucesivo AHPCE).



Concentración del MDM en la Universidad de Sevilla, ca. 1977 (Foto M. Sanvicente - AHCCOOA).

la creación del MDM es preciso remontarse a finales de los años cincuenta, cuando el PCE comenzó a plantearse la movilización de las mujeres a través del trabajo en grupos sectoriales. Ahora bien, si hay un momento a partir del cual los comunistas tomaron conciencia de la necesidad de fortalecer su presencia en el frente femenino éste es el año 1962. El papel que durante el ciclo huelguístico iniciado entonces tuvo la movilización de las mujeres asturianas y las reacciones de solidaridad que provocó su acción colectiva llevaron a que en el PCE comenzara a operarse un cambio de actitud respecto a la militancia femenina<sup>[5]</sup>. De hecho, de entre las muchas manifestaciones de solidaridad que se produjeron en estos momentos, hubo una que tuvo especial

repercusión para el movimiento de mujeres: la concentración llevada a cabo ante la Puerta del Sol de Madrid, en mayo de 1962, y las posteriores reuniones a las que ésta dio lugar, a las que asistieron por parte del PCE Julián Grimau y Francisco Romero Marín, desembocaron en lo que puede considerarse el precedente directo de la formación del MDM, la Unión de Mujeres Democráticas<sup>[6]</sup>. Este embrión de organización supuso el primer intento de crear un grupo exclusivamente femenino que aglutinase tanto a las mujeres de preso como a aquéllas que se movían en círculos intelectuales. Tras varias reuniones y el lanzamiento de alguna octavilla, la Unión de Mujeres Democráticas desapareció, pero su disolución no se

5.- Sobre la acción colectiva de las mujeres asturianas en las huelgas de 1962 véase Claudia Cabrero Blanco, «Asturias. Las mujeres y las huelgas», en José Babiano (ed.), *Del hogar a la huelga. Trabajo, género y movimiento obrero durante el franquismo*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007, pp. 189-244; Ramón García Piñeiro, «Mujeres en huelga», en Rubén Vega. (coord.), *Las huelgas de 1962 en Asturias*, Gijón, Trea, 2002, pp. 242-256.

6.- La concentración contó entre sus organizadoras con una mayoría de mujeres comunistas. Entre quienes se concentraron en la céntrica plaza madrileña estuvieron Carmen Martín Gaité, Aurora Bautista, Nuria Espert, Amparo Gascón, Eva Forest, Gloria Alonso, Ana Guardione, Gabriela Sánchez Ferlosio o María Luisa Romero. La concentración es descrita en las informaciones emitidas por REI el 15 de mayo de 1962 («Alocución de Dolores Ibárruri»), el 16 de mayo de 1962 y el 27 de mayo de 1962.

llevó consigo ni el interés del Partido ni la necesidad de sus integrantes por crear una estructura que permitiese continuar la labor de concienciación política que se había iniciado con las mujeres de preso<sup>[7]</sup>. Así, por un lado, en julio de 1962 el PCE insistía, en una Carta a todos los Comités de Partido, en la conveniencia de crear una organización sectorial que permitiera involucrar en la lucha contra el régimen al mayor número de mujeres posible.<sup>[8]</sup> Por otro lado, en Madrid, Dulcinea Bellido, una de las asistentes a las reuniones previas a la creación de la Unión de Mujeres Democráticas, se encargó de conciliar los distintos intereses de aquellas mujeres que venían reuniéndose en grupos informales y de iniciar contactos con otras de procedencia diversa con el propósito de perseverar en la idea surgida entonces. Finalmente, a finales de 1964 nació en la capital el Movimiento Democrático de Mujeres en una reunión convocada al efecto a la que asistió, en representación del PCE, Romero Marín<sup>[9]</sup>. Siguiendo el ejemplo madrileño, en torno a la segunda mitad de los años sesenta se formaron grupos del MDM, con mayor o menor arraigo y duración, en lugares como Barcelona, Zaragoza, Valencia, el País Vasco, Galicia y Asturias. En los años finales de la década se formaron otros en ciudades como Castellón, Alicante, o Málaga y, a partir de 1971, en Albacete, Va-

lladolid o Logroño. En 1968 el Movimiento hizo público su programa y dos años después celebró su I Reunión General.

La creación del MDM respondía al propósito de promover un movimiento femenino de masas a nivel estatal, de carácter plural, interclasista e intergeneracional<sup>[10]</sup>. La heterogeneidad social y política era una de las características más significativas del Movimiento, que se declaraba abierto a amas de casa, trabajadoras o profesionales universitarias; a mujeres de distintas ideologías y creencias y a otras sin militancia de partido ni compromiso religioso. El MDM defendió en todo momento la existencia de una línea de acción propia, decidida a través de la discusión abierta y colectiva, e insistió en su independencia económica e ideológica de los partidos políticos, de las organizaciones sectoriales y del Estado. Sin embargo, pese a sus esfuerzos por no hacer explícita su relación con el PCE, las tensiones provocadas por el «dirigismo» comunista fueron constantes desde los primeros momentos. La manera en la que el propio Partido entendía el papel que el MDM debía jugar en la lucha antifranquista aparecía bien definida en un artículo que *Mundo Obrero* dedicó al Movimiento Democrático de Mujeres asturiano en 1968. En él, el portavoz comunista se hacía eco de la acción de «2.500 asturianas» que habían entregado un escrito al gobernador civil de Oviedo en el que denunciaban la situación económica de la clase trabajadora, a la vez que condenaban la persecución de que eran víctimas los obreros que defendían los derechos de su clase. El gobernador había dado respuesta formal al escrito de las mujeres, pero éstas la consideraron insatisfactoria y volvie-

7.- Francisco Arriero Ranz, «Contra Franco y algo más: el tortuoso viaje del Movimiento Democrático de Mujeres hacia el feminismo (1964-1975)», en Manuel Bueno Lluch (coord.), *Comunicaciones del II Congreso de Historia del PCE. De la resistencia antifranquista a la creación de IU. Un enfoque social*, Madrid, FIM, 2007.

8.- Partido Comunista de España, «Carta a todos los Comités del Partido sobre las medidas para acelerar la reconstitución de la Unión de Juventudes Comunistas de España» (copia), 25-07-1962, Fondo de Cultura, Ministerio de Información y Turismo, Oficina de Enlace: caja 643, Archivo General de la Administración (AGA).

9.- Testimonio de Aurora Villena en Fernanda Romeu Alfaro, *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, Oviedo, Gráficas Summa, 1994, p. 160.

10.- Sobre la historia del MDM y su evolución a lo largo de sus veinte años de existencia véase Francisco Arriero Ranz, *El Movimiento Democrático de Mujeres. De la lucha contra Franco al feminismo (1965-1985)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2016

ron a suscribir un documento con más de 2.000 firmas que entregaron a la autoridad gubernativa. En este último iban más allá, rechazando las «justificaciones» del gobernador con argumentos de la vida cotidiana y reafirmando la demanda fundamental: el derecho de huelga para los trabajadores. Para el periódico del PCE esta acción rebasaba los marcos de Asturias y expresaba el rasgo fundamental del Movimiento Democrático de Mujeres, que no era otro que el hecho de estar motivado por circunstancias económico-sociales y políticas que afectaban a hombres y a mujeres. Así se refería *Mundo Obrero* al Movimiento en Asturias:

«No es un movimiento «subalterno», como temen algunas personas que se interesan en ello. Es una expresión particular de la lucha general por la democracia y la justicia social en España. Tiene un gran valor general por ser susceptible de arrastrar y movilizar a miles de mujeres que no son aún conscientes de lo global pero que se rebelan ante lo parcial, lo sectorial, en este caso: lo difícil que es vivir decorosamente con los míseros sueldos y la carestía de alimentos, ropa, estudios y asistencia médica. Las 2000 mujeres que han firmado el documento de Oviedo no reivindican derechos exclusivamente femeninos pero al luchar como esposas, hermanas y madres de mineros aportan su valiosa contribución para que en España se llegue a una situación en la cual la mujer no sea discriminada como tal. Así debemos concebir el movimiento de mujeres que se ha puesto en marcha en nuestro país, si no queremos empujarlo y aislarlo»<sup>[11]</sup>.

A lo largo de estos años se repetirán las ocasiones en las que el PCE manifieste su

11.- «DEL MOVIMIENTO DEMOCRÁTICO DE MUJERES: en el ejemplo de las asturianas», *Mundo Obrero*, 1ª quincena de marzo de 1968.

objetivo de prestarle al MDM la máxima ayuda para su desarrollo partiendo en todo momento del respeto a su independencia. Así se hizo, por ejemplo, en el informe presentado por Ignacio Gallego en nombre del Comité Ejecutivo del Partido en 1970, en el que se aseguraba que no era la intención de los comunistas ser mentores, dar directrices y convertirse en los dirigentes de dicho movimiento, ya que ese proceder sería contradictorio a su posición de respeto a la autonomía de los movimientos de masas<sup>[12]</sup>. Sin embargo, pese al compromiso de acatar la autonomía del MDM, con frecuencia el PCE, y consecuentemente las comunistas, fueron acusados no sólo de decidir su estrategia y sus actividades sino también de manipular sus acciones y de utilizarlo para reproducir sus propios intereses de partido. Estas tensiones se hicieron evidentes ya en la I Reunión Estatal del Movimiento, celebrada en Madrid en 1970, que contó con la asistencia de más de una treintena de mujeres de diversas tendencias políticas. Las afirmaciones de una de ellas son especialmente ilustrativas al respecto:

«Para empezar os diré que considero muy importante esta reunión por razones muy diversas. En primer lugar, la participación de mujeres de todo tipo (obreras, profesionales, estudiantes, mujeres de presos, etc...). En segundo lugar, su distinta ideología: el MDM de Madrid estaba representado por una delegación integrada por católicas, sin partido, comunistas. Santander venía representado por dos mujeres católicas (esposas de los de la HOAC de CCOO). Valladolid mandó a dos dogmáticas prochinas o 'gauchistas'... y lo demás era gente más o menos del Partido. [...] Conclusiones ne-

12.- Informe presentado por Ignacio Gallego en nombre del Comité Ejecutivo ante el Pleno ampliado del Comité Central del Partido Comunista de España en septiembre de 1970, *Nuestra Bandera*, nº 65, 3er trimestre de 1970.

gativas: la falta total de preparación y de claridad de ideas entre las mujeres de los camaradas. [...] Con respecto al problema concreto de la discriminación de la mujer, ni una de nuestras insignes 'cónyuges' se aclaraba, ante el regodeo de las compañeras católicas. La de Asturias incluso nos llamó a todas camaradas (fue espantoso) y alguna más habló de las católicas con desprecio y diciendo 'los nuestros', 'nosotras', frente a 'esos curas', 'esas santurronas'»<sup>[13]</sup>.

A pesar de que las ideólogas del MDM ponían el énfasis en la necesidad de articular un movimiento femenino plural, lo cierto es que en sus primeros años éste siguió, en términos generales, el planteamiento del PCE sobre la lucha contra el régimen. En sus propios documentos programáticos se definía como un movimiento de masas cuyo campo específico de acción era la masa femenina, pero cuyo trabajo estaba indisolublemente ligado a la lucha socio-política general del país contra el franquismo y por una sociedad sin clases, «única sociedad en la que la mujer podrá realizarse plenamente»<sup>[14]</sup>. Consecuentemente, defendía la actuación conjunta de la clase trabajadora hacia unos mismos objetivos ya que, como afirmaba Sara Iribarren, comunista y teórica del MDM, lo que era una lucha social no podía plantearse como una *lucha de sexos*<sup>[15]</sup>. El MDM entendía que la liberación de la mujer exigía, para su concreción práctica en la lucha reivindicativa, unas condiciones políticas, económicas y sociales que permitieran avanzar en su camino. Esto no suponía dejar las reivindicaciones femeninas postergadas ni di-

luidas en la lucha política, sino saber que el feminismo y el contexto político debían aunarse en ella<sup>[16]</sup>. En este sentido, desde su origen el MDM reconoció que la situación de discriminación específica que sufría la mujer hacía necesario recurrir a métodos igualmente específicos para el trabajo en el frente femenino y exigía, también, enfocar la lucha hacia objetivos concretos. En primer lugar, era necesario contar con una organización democrática y autónoma, unida al resto de los movimientos de masas en lucha. En segundo lugar, se imponía elaborar un programa que abarcara todos los problemas, desde los más particulares y concretos de la mujer hasta los más generales, haciéndolos coincidir con la problemática general del país. La promoción de cuadros plenamente conscientes del protagonismo de la mujer dentro de la lucha hacia el socialismo era otro de los objetivos del Movimiento a los que se sumaba, por último, la necesidad de adaptarse «a las distintas condiciones de la mujer de los distintos sectores de las diversas zonas», para poder utilizar todos los medios, tanto legales como extralegales, posibles<sup>[17]</sup>.

Una de las primeras actividades que el MDM llevó a cabo fue la redacción de un documento titulado «Por los derechos de la mujer española» que, en junio de 1967, fue presentado en la Vicepresidencia del Gobierno con el respaldo de 1.518 firmas de mujeres de diferentes estratos sociales e ideologías<sup>[18]</sup>. Este documento, en el que

13.- «Informe de Amaya», 1970, Organizaciones de Mujeres, MDM, Informes: caja 117, carpeta 2/3, AHPCE.

14.- «¿Qué es el MDM?», s/f, Organizaciones de Mujeres, MDM, Propaganda: caja 117, carpeta 2/1, AHPCE.

15.- Sara Iribarren, *La liberación de la mujer*, París, Ebro, 1973, p. 126.

16.- «¿Cómo surge el Movimiento Democrático de Mujeres?», Programa del Movimiento Democrático de Mujeres/Movimiento de Liberación de la Mujer, Madrid, octubre de 1976, citado en Amparo Moreno Sardá, *Mujeres en lucha. El movimiento feminista en España*, Barcelona, Anagrama, 1977, pp. 108-114.

17.- «¿Qué es el MDM?», s/f, Organizaciones de Mujeres, MDM, Propaganda: caja 117, carpeta 2/1, AHPCE.

18.- «Por los derechos de la Mujer Española», documento publicado en *Realidad*, revista de cultura y política del PCE, nº 15, octubre de 1967, reproducido en Giuliana Di Febo,

se reclamaban cuestiones como la igualdad de oportunidades para acceder al mundo laboral, la creación de guarderías para los hijos de las trabajadoras, el acceso total a la universidad, el control de la natalidad, el divorcio o la reforma del Código Civil, sirvió de base para la elaboración, en 1968, del primer programa del MDM<sup>[19]</sup>. El doble objetivo que marcará la trayectoria del Movimiento, es decir, la combinación de la lucha de las mujeres contra la dictadura y por sus derechos, quedaba ya claramente definido en sus páginas. Poco a poco el MDM se fue extendiendo y organizándose en toda la nación y su carácter solidario se potenció a través de comisiones como la que se creó en 1969 para conseguir medicamentos, ropa y dinero con los que paliar la situación de algunas familias represaliadas por la dictadura. Ahora bien, si en un principio los distintos colectivos actuaron de forma no coordinada, a partir de 1970 y con el objetivo de hacer balance de las distintas actividades e intercambiar experiencias, tuvieron lugar encuentros de ámbito nacional que pusieron de manifiesto la intención de configurarse como una organización de carácter estatal<sup>[20]</sup>.

La I Reunión General del MDM tuvo lugar en Madrid, en febrero de 1970, y contó con la asistencia de delegaciones de Alcoy, Guipúzcoa, Madrid, Puertollano, Santander, Tarrasa, Valencia, Valladolid, Vizcaya, Zaragoza y también Asturias. Respecto al MDM de Asturias (MDMA), una reseña para

uso interno acerca de esta reunión aseguraba que la región ofrecía muchas posibilidades, a pesar de que aún no había entre sus integrantes una orientación homogénea y éstas actuaban «un poco a lo que sale, un poco a la espera de la consigna, de la orientación de los camaradas». También se constataba que los trabajos relacionados con la solidaridad con el movimiento obrero seguían ocupando el primer plano de la lucha. Aun así, se afirmaba que la representante asturiana «era de lo más vivo y contestatario» y tenía capacidad para impulsar un auténtico movimiento de masas<sup>[21]</sup>. En este primer encuentro, mediante un análisis del momento político y social de España, se destacó la necesidad de incorporar a la mujer a la lucha y se analizaron sus problemas en tanto que ser social afectado por la carencia de libertades generales y doblemente discriminado por su condición femenina. Además, se concretaron los objetivos por los que debían luchar las mujeres, que se podían dividir en tres grupos. En primer lugar, atendiendo a su discriminación específica dentro de la sociedad, se contemplaba la necesidad de plantear reivindicaciones centradas en la defensa de su igualdad jurídica y social, pero sobre todo, de su igualdad laboral. Así, como primer paso para alcanzar la emancipación femenina, se exigía la aprobación de medidas que facilitarían la incorporación de la mujer al trabajo, como la creación de guarderías y casas cuna, la abolición de leyes discriminatorias o el acceso a la educación a la cultura en igualdad de condiciones que los hombres. En segundo lugar, en un punto intermedio entre lo concreto y lo general, se planteaban determinadas exigencias sociales que, a pesar de ser comunes a hombres y mujeres, se consideraban más próxi-

*Resistencia y movimiento de mujeres en España, 1936-1976*, Barcelona, Icaria, 1979, pp. 219-224.

19.- Asociación «Mujeres en la Transición Democrática», *Españolas en la Transición. De excluidas a protagonistas (1973-1982)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 30; Merche Comabella, «Movimiento Democrático de Mujeres», en C. Martínez Ten, P. Gutiérrez López, P. González Ruiz, (eds.), *El movimiento feminista en España en los años 70*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias y ediciones Cátedra, 2009 p. 253.

20.- Vicenta Verdugo Martí, «El Movimiento Democrático de Mujeres...», p. 118.

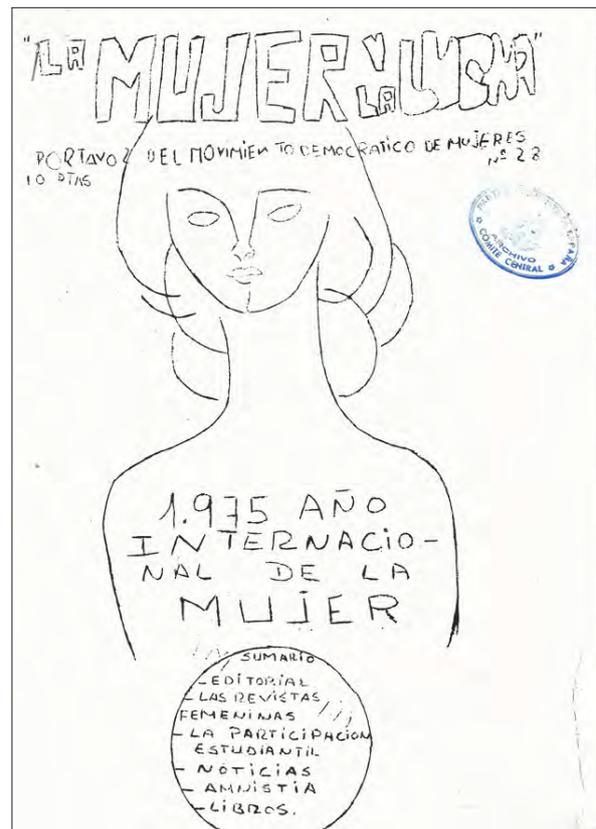
21.- «Carta de Ana», 1971, Organizaciones de Mujeres, MDM: caja 117, carpeta 2, AHPCE.

mas a las preocupaciones de estas últimas y a la militancia femenina más tradicional, entre las que destacaban los problemas de los barrios, la casa, la carestía de la vida o la educación de los hijos. Por último, y como objetivo prioritario, se situaba la lucha general en defensa de la democracia, contra la represión y por un régimen de libertades, que beneficiaría al conjunto de la clase trabajadora<sup>[22]</sup>. La visión de la lucha imperante en este primer encuentro estatal insistía en las reivindicaciones de los derechos laborales por encima de los civiles y combinaba reivindicaciones políticas y sociales generales con otras específicas que aún se definían muy tímidamente, pues se contemplaban en función de su aportación a la causa general de la lucha por la democracia. En su defensa de los derechos de la mujer, el MDM se apoyaba en el movimiento obrero y en los demás sectores de la oposición y propugnaba una acción ligada a éstos y no una forma de lucha reservada exclusivamente a las mujeres.

Definidos los objetivos, el MDM se propuso utilizar las estructuras que estaban funcionando legalmente, a consecuencia de la Ley de Asociaciones de 1964, como medio a través del cual canalizar su labor. Ya en abril de 1968, desde el boletín del Movimiento, *La mujer y la lucha*, se había planteado la posibilidad de que las amas de casa organizaran boicots a los mercados como forma de protestar no sólo por la carestía de la vida sino también por la injusticia social provocada por la dictadura<sup>[23]</sup>. Poco después, en 1969, el MDM tomó la decisión de infiltrarse en las asociaciones de amas de casa, que se revelaron, por su legalidad y el número de socias con el que

22.- «Primera Reunión general de las Mujeres Demócratas de España», 30 de abril de 1970, Boletín de Información, Tomo 31 (sin número, pero correspondiente al 1.179), AH-PCE.

23.- «Un año difícil», *La mujer y la lucha*, abril de 1968.



Ejemplar de 1975 del periódico clandestino del MDM, *La Mujer y la Lucha* (Archivo Histórico del PCE).

contaban, como un cauce privilegiado para llegar al mayor número de mujeres posible. Esta línea de actuación se confirmó en la I Reunión Nacional, en la que se insistió en la conveniencia de orientar el trabajo hacia los barrios, y en los sucesivos encuentros que tuvieron lugar en el año 1971. En ellos se acordó partir de las distintas realidades de las mujeres y de las plataformas legales existentes —asociaciones vecinales, de amas de casa y grupos de barrio—, y actuar allí donde pudiera existir conciencia de problemas como la carestía de la vida y la falta de infraestructuras. Además se hizo un llamamiento a todos los sectores en lucha asegurando que sin la participación de las mujeres difícilmente se podrían conseguir los cambios democráticos que requería el país. Siguiendo estas premisas, el MDM llevó a cabo múltiples actividades. Unas

eran de tipo teórico —como la organización de charlas en colegios e iglesias, la realización de mítines «relámpago» en los mercados o la celebración de seminarios y asambleas en los barrios— y tenían el objetivo de generar debate y discusión entre las mujeres acerca de cuestiones como su situación en la familia y la sociedad, la carestía de la vida, los problemas de la escuela o la sanidad. Otras eran de tipo práctico —como la organización de manifestaciones, el envío de comisiones a las fábricas o a los ayuntamientos, la redacción de documentos destinados a las autoridades, la formación de comités de solidaridad con los presos o despedidos, la realización de encierros en iglesias o las acciones en los mercados contra la carestía de la vida—<sup>[24]</sup>.

Si los barrios se convirtieron en el espacio prioritario de actuación del MDM, para hacer más efectivo su trabajo éste contó también con un aparato de propaganda propio. Así, en 1967, inició la edición de un boletín mensual, *La mujer y la lucha*, que desde ese mismo año se reprodujo y distribuyó en los lugares en los que el MDM logró implantarse, entre ellos Asturias. Poco después REI informaba sobre la aparición de la publicación asegurando que sería «un auténtico portavoz de las inquietudes de las mujeres, de nuestro pensamiento y de nuestra esperanza»<sup>[25]</sup>. Tras la aparición de *La mujer y la lucha* se editaron boletines propios en otras ciudades: es el caso de *A Nosa Loita* y *Muller na loita* (a partir de 1970) en Vigo y Coruña, *Nuestra Voz*, en Málaga o *Avanzando* (nº 1, marzo de 1975) en Valencia. En

24.- «Segunda Reunión General del Movimiento de Mujeres Democráticas», mayo de 1971, Organizaciones de Mujeres, MDM, Informes: caja 117, carpeta 2, AHPCE.

25.- Nota informativa de REI sobre la aparición de *La mujer y la lucha*, 8 de abril de 1968, Ministerio de Información y Turismo, Gabinete de Enlace, Expedientes informativos del Gabinete de Enlace (1962-1977): caja 643.CO.00.800. Documentación relativa al Movimiento Democrático de Mujeres (1966-1975): sign. 66.885, AGA.

Asturias, a comienzos de 1968, comenzó a publicarse *Mundo Femenino*, inicialmente con el subtítulo de «Boletín Informativo de las Mujeres Asturianas» y, a partir de 1970, como «Portavoz del Movimiento Democrático de Mujeres». En consonancia con el planteamiento general del MDM, el contenido de sus boletines reflejaba un predominio de temas generales, ligados a la lucha política global, que se combinaban con otros más específicamente femeninos. Todo ello tratado, en los primeros años, con un tono feminista muy mesurado que se irá haciendo más evidente según avance la década de los setenta.

### **La trayectoria del MDM en Asturias: de la protesta cotidiana al compromiso feminista**

Desde su creación en 1966 hasta su desaparición en 1979, el MDM tuvo en Asturias un recorrido que, pese a su relativa brevedad, no estuvo exento de dificultades. Las contradicciones que vivió en la región el Movimiento tuvieron un claro reflejo en las dos etapas por las que atravesó su boletín, *Mundo Femenino*, cuya trayectoria refleja la combinación de elementos discursivos tradicionales en el tratamiento de la cuestión femenina con una mayor apertura hacia las posibilidades de una acción política y comunicativa relativamente autónomas por parte de las mujeres<sup>[26]</sup>. En su primera etapa (1968-1969) el boletín, que vio la luz en enero de 1968 como *Mundo Femenino. Boletín Informativo de las Mujeres Asturianas*, tuvo una periodicidad mensual. Ya en su número uno quedaron de manifiesto las tensiones entre la tradición obrerista y los nuevos elementos con orígenes sociales y

26.- No conocemos la duración exacta del periódico, que con toda probabilidad dejó de editarse en 1969. El último número conocido de esta primera etapa data de septiembre de 1968.

bagajes culturales más heterogéneos. Su propio título, que recordaba inevitablemente al de *Mundo Obrero*, dejaba clara su procedencia y su vínculo político, pero su subtítulo anunciaba la intención de no ser un mero portavoz del Partido Comunista. En Asturias, la primera dirigente del MDM y directora de su portavoz clandestino fue Amelia Miranda (1937), ama de casa y significada comunista gijonesa que en 1966 regresó a Asturias tras haber emigrado a Francia en 1959. Como otras veteranas de extracción obrera, sus primeras armas en la militancia clandestina se centraron en la difusión de propaganda y el paso de camaradas por la frontera. Al calor de las movilizaciones de los sesenta, en 1966 Amelia Miranda pasó a encargarse de estructurar un colectivo femenino que estuvo en activo hasta 1969. Las reuniones entre grupos de militantes comunistas procedentes de las cuencas mineras y de Gijón, a quienes se unieron mujeres sin adscripción política concreta, llevaron a la creación de un pequeño grupo vinculado a las corrientes más tradicionales de la organización. Entre estas mujeres que participaron en el primer MDM de la región y que colaboraron también en la redacción o el reparto de su boletín, destacaron, junto a la propia Miranda, Nieves Álvarez Areces (esposa de José Manuel Torre Arca), y Carmen Cuervo (esposa de José Suárez, *Planerías*) en Gijón; Josefina García Páramo, *La Nena*, y dos mujeres que aparecen en el boletín como Julia y Pacita, en Mieres y Anita Sirgo, Celestina Marrón o Luisina Marrón, en Langreo. Los cometidos de este primer grupo del MDM se centraron en el apoyo a los presos y al movimiento obrero y, de forma especial, en la lucha por la amnistía, tomando parte sus integrantes en los dos encierros que tuvieron lugar en enero de 1969 en la catedral

de Oviedo<sup>[27]</sup>. Las mujeres que formaban este grupo eran amas de casa, esposas o familiares de militantes represaliados y, según Amelia Miranda, sólo había entre ellas una mujer trabajadora, concretamente una maestra. Todas ellas se reunían separadamente, sin pertenecer al mismo tiempo a células mixtas en las que hubiera hombres. Sin embargo, no existía aún algo similar a una organización específica de mujeres ni una responsabilidad concreta en esta área. La actividad de este grupo primigenio del MDM en la región era supervisada por dirigentes comunistas como Ángel León y Horacio Fernández Inguanzo y las reuniones se hacían en las casas de las propias mujeres<sup>[28]</sup>. A pesar de que en origen las militantes de las cuencas eran las más numerosas, poco a poco el grupo de Gijón fue creciendo y dio muestras de cierta actividad en la Asociación de Cabezas de Familia de El Llano y en la Asociación de Amas de Casa de Gijón, donde pronto fueron detectadas. Una de las acciones de mayor repercusión que llevaron a cabo fue una protesta por la cuestión de la recogida de basuras, encabezando la comisión que se dirigió al Ayuntamiento<sup>[29]</sup>.

27.- En 1969 tuvo lugar en la catedral de Oviedo un encierro de mujeres que reclamaban, entre otras cosas, el Estatuto de Preso Político para sus maridos y familiares y la readmisión de los despedidos por HUNOSA a causa de la huelga que había tenido lugar en los primeros días del año. Respecto a la filiación política de la mayor parte de las protagonistas, en la Memoria elaborada por el Gobierno Civil correspondiente a las actividades de ese año se aseguraba que se trataba de «mujeres en relación directa con la actividad comunista» que actuaban secundando la campaña contra la represión que estaba alcanzando virulencia en toda España. El encierro se desarrolló en dos fases, una que dio comienzo el 8 de enero y otra el día 13. Brigada de Investigación Social de la Jefatura Superior de Policía de Oviedo, «Memoria del Gobierno Civil», 1964-1969, Fondo Gobierno Civil: caja 25004, Archivo Histórico de Asturias (AHA).

28.- Entrevista a Anita Sirgo, Lada, 2006, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

29.- Entrevista a Amelia Miranda, Gijón, 1995, Archivo personal de Rubén Vega.

Asimismo, en 1969, el MDMA hizo un llamamiento a las mujeres gijonesas para que convirtieran la celebración del Primero de Mayo en una jornada de protesta femenina, animándolas a concentrarse, con sus maridos, padres o hermanos, en la céntrica calle Corrida de la ciudad<sup>[30]</sup>.

En esta primera etapa las actividades del MDM coincidían con el planteamiento tradicional de la militancia femenina imperante en el PCE: partiendo de su papel de madres y esposas las mujeres llevaban sus reivindicaciones al ámbito público y ponían en marcha un repertorio de protesta en el que lo político estaba directamente relacionado con lo afectivo, con la ética del cuidado y con la maternidad social<sup>[31]</sup>. El proyecto y los objetivos de este primer MDM quedaron reflejados ya en la declaración de principios del número uno de su boletín: «Las mujeres españolas, obreras, campesinas, estudiantes, amas de casa, independientemente de nuestra condición social o ideológica, tenemos muchos problemas a los cuales debemos dar solución y no podemos esperar a mañana, es hoy cuando debemos empezar, por nuestro porvenir, por el de nuestros hijos». Ya desde su momento fundacional,

*Mundo Femenino* buscaba llegar a un destinatario plural lo que, una vez más, remitía al carácter de la lucha femenina como parte de un movimiento unitario y democrático. Su deuda con la visión tradicional estaba también presente en ese primer número: «Los problemas del país nos atañen lo mismo que al hombre, apoyémoslos y juntos démosles solución». En este sentido, el MDM volvía la vista a la experiencia histórica de las mujeres en la República y la Guerra Civil y los referentes políticos, ideológicos y culturales que se ofrecían en sus páginas partían del modelo representado por el Frente Popular y las Agrupaciones de Mujeres Antifascistas. Pero al mismo tiempo el objetivo de incorporar mujeres al Movimiento se asemejaba ahora al modelo seguido por las recién creadas Comisiones Obreras. El editorial de este primer número concretaba, además, un programa con los «Fines por los que toda mujer debe de luchar», en el que se incluían reivindicaciones laborales, culturales, económicas y políticas. Así, al tiempo que se daba cuenta de las acciones de las mujeres contra la carestía de la vida o en protesta por las insuficiencias de los barrios, se insistía en que las luchas de éstas debían comprender otras cuestiones como la reclamación de puestos de trabajo en igualdad de condiciones y sin discriminación en la percepción del salario, la creación de escuelas de formación, «casas cuna» o guarderías, el derecho a la atención médica en el embarazo y a permisos remunerados antes y después del parto o la existencia de colegios gratuitos hasta los dieciséis años. Además, se manifestaba preocupación por sucesos internacionales como la guerra de Vietnam o la intervención soviética en Checoslovaquia, haciendo llamamientos a favor de la paz y contra el establecimiento de bases militares en España. Junto a estos objetivos, se exponía el camino para lograrlos: «formar comisiones

30.- «A todas las mujeres de Gijón», 30 de mayo de 1969, Boletín de Información del PCE, Tomo 28, n.º 1135, AHPCE. La celebración del 1 de mayo en Gijón se saldó con un total de 16 detenidos, acusados de manifestación ilegal, de los que siete era mujeres, entre las que estaba la propia Amelia Miranda, muy activa en la Asociación de cabezas de familia de El Llano (Gijón). «Expedientes de mujeres, hijas y esposas de militantes del PCE, por intento de manifestación ilegal el 1 mayo 1969 en Gijón», Gobierno Civil, Orden Público: caja 19516, AHA.

31.- Temma Kaplan, «Luchar por la democracia: formas de organización de las mujeres entre los años cincuenta y los años setenta», en Ana Aguado (ed.), *Mujeres, regulación de conflictos sociales y cultura de la paz*, Valencia, Institut Universitari d'Estudis de la Dona/PUV, 1999, pp. 89-107; Irene Abad Buil, «Movimiento Democrático de Mujeres. Un vehículo para la búsqueda de una nueva ciudadanía femenina en la transición española», en *Actes del Congrés La Transició de la dictadura franquista a la democràcia*, Barcelona, UAB, 2005, pp. 245-252.

de trabajo, de barrio, yendo a protestar a las máximas autoridades de la provincia con escritos, exponiendo nuestras razones»<sup>[32]</sup>.

Estas consignas se dirigían siempre al conjunto de las mujeres, a las que se instaba a actuar unidas, como quedaba reflejado en las páginas del segundo número del periódico: «Tengamos en cuenta que nuestros intereses son comunes, nuestros problemas los mismos, sólo unidas podremos poner fin a toda esa serie de injusticias que dañan nuestros intereses»<sup>[33]</sup>. En general, los temas de los que se hacía eco el periódico abarcaban desde la crítica a la falta de equipamientos sanitarios o la contaminación a la carestía de los precios y la escasez de escuelas dotadas adecuadamente. Así, en el número uno aparecía también una referencia a la actuación de las mujeres de La Rebollada (Mieres), que se habían movilizado para recoger firmas contra los problemas de abastecimiento de aguas de esta pequeña localidad y que se presentaron en el ayuntamiento con una comisión elegida entre ellas. *Mundo Femenino* subrayaba la valentía de las participantes, que no se habían dejado engañar por la palabrería técnica con la que trataban de abrumarlas desde el consistorio. A este artículo seguían otros que denunciaban la falta de compromiso de los ayuntamientos de Gijón y Mieres (Santa Marina) con la recogida de basuras en los barrios populares, cuestiones que serán parte fundamental del programa de las recién creadas asociaciones de cabezas de familia, embriones de las futuras asociaciones de vecinos<sup>[34]</sup>. Pero las mujeres del MDMA no sólo coincidirán con los movimientos vecinales en las reivindicaciones, sino también en los modos de protesta, que habían sido los tradicionalmente uti-

lizados en las luchas de solidaridad con el movimiento obrero en las grandes huelgas desde finales de los cincuenta, como la recogida de firmas y la formación de comisiones para entrevistarse con las autoridades. Así, cuando en 1968 en Langreo, en la barriada de Pando, las mujeres tomaron parte en las movilizaciones contra el Consorcio de Aguas, la protesta, enmarcada en las acciones contra el traslado de la metalurgia del concejo a Gijón, fue examinada desde un punto de vista inhabitual en los medios vinculados al PCE: el factor clave en la explicación del boletín no era el coste económico o la situación particular del obrero industrial, sino que la reivindicación se legitimaba como defensa contra un atentado a la salud de toda la comunidad. Se informaba, desde esta perspectiva, de que había barriadas, como Pando, donde no había llegado el agua corriente y para remediar esta situación se hacía un llamamiento unitario basado en el género<sup>[35]</sup>. Esta apelación a la pluralidad generacional, de condición civil e incluso de clase, acercaba el discurso de las mujeres democráticas a la práctica de los movimientos sociales que se estaban gestando en la Asturias tardofranquista. Y tanto esta pluralidad como el interclasismo entroncaban, asimismo, con los intereses de los pequeños y medianos comerciantes, fomentando así un sentimiento de comunidad local que los vinculaba a las luchas obreras. También resulta de interés el tratamiento dado a los nuevos modos de consumo que se hallaban, según se deduce de algunas de sus páginas, al servicio de un capitalismo feroz. Tomando la introducción de electrodomésticos como ejemplo, *Mundo Femenino* lanzaba algunas críticas a la mistificación de las relaciones sociales que estos cambios encubrían, asegurando que eran «un telón que oculta la miseria

32.- *Mundo Femenino*, nº 1, enero de 1968.

33.- *Mundo Femenino*, nº 2, marzo de 1968.

34.- *Mundo Femenino*, nº 1, enero de 1968.

35.- *Mundo Femenino*, nº 2, marzo de 1968

que arrastramos los que de verdad somos el alma del progreso»<sup>[36]</sup>. En el último número de esta primera etapa, *Mundo Femenino* se mostró también abierto a abordar otros problemas específicamente femeninos, como los relacionados con la reproducción y el control de la natalidad:

«¿Cómo se puede ignorar la tragedia de esas familias archinumerosas en un hogar [...] donde ni sitio para dormir tiene, donde el nacimiento de uno más equivale a estirar más un mismo plato? [...] Y no olvidemos la intranquilidad y el desequilibrio de tantos matrimonios ante la posible venida de un hijo más, una inquietud que acaba minando las mismas relaciones matrimoniales. [...] Consideramos pues el control de la natalidad como una necesidad de hoy, una necesidad temporal, pero ineludible mientras no logremos una sociedad donde un nombre más no sea una carga sino una ayuda y donde una colectividad trabajadora pueda proporcionarle todo para su relación como tal hombre: su trabajo, su formación integral humana y su integración en esta colectividad con un futuro PARA TODOS»<sup>[37]</sup>.

Este artículo representa una excepción en esta etapa, al abordar una cuestión tan polémica como la de la conveniencia del uso de la píldora anticonceptiva. Aun así, la manera en la que se concibe el control de la natalidad también es ilustrativa de la posición ideológica del MDM: lejos de ser un instrumento para lograr una sexualidad femenina más libre, la píldora, con un criterio economicista, se contemplaba como un medio para evitar la «tragedia» de las familias numerosas sin recursos. No se puede olvidar que, aunque en ocasiones llegara a abordarse este tipo de cuestiones, el primer

periódico para la mujer que se publicó en Asturias no era, en sentido estricto, un periódico feminista, ni un periódico dedicado a las trabajadoras, sino un instrumento para movilizar a las mujeres en la lucha general contra la dictadura.

Los resultados de este primer MDM no fueron muy visibles, pero tanto la edición de un boletín propio como la penetración en las asociaciones de los barrios pueden considerarse ya un éxito. Además, la propia existencia del Movimiento pone de manifiesto un esfuerzo, por parte del PCE, por reforzar su presencia entre las mujeres y por operar un cambio de mentalidad respecto a la militancia femenina. Significativo al respecto es el hecho de que la responsable de este primer colectivo femenino de la región, Amelia Miranda, fuera la primera mujer incorporada al Comité Provincial del Partido, en 1967. No obstante, también es cierto que iniciativas como ésta parecían responder a un intento de compensar la debilidad organizativa que el PCE asturiano sufrió a partir de ese año<sup>[38]</sup>. En el fondo, el núcleo del discurso de género continuaba sin transformarse y el potencial subversivo de las acciones de las mujeres seguía residiendo en aquéllas que se interpretaban como expresión de sus «virtudes femeninas», es decir, las protagonizadas por quienes, desde los conflictos huelguísticos de principios de la década, venían desarrollando una labor de apoyo al movimiento obrero a través de su actuación en los frentes tradicionales de la militancia femenina.

Sin embargo, desde finales de los sesenta se estaba produciendo en el conjunto de la resistencia antifranquista un relevo generacional que estaba favoreciendo la aparición de una nueva militancia femenina.

36.- *Mundo Femenino*, nº 3, mayo de 1968

37.- *Mundo Femenino*, nº 4, septiembre de 1968.

38.- Dos de las protagonistas de las huelgas de 1962, Ana Sirgo y Tina Pérez fueron también entonces incorporadas al Comité Central pero no pertenecían, sin embargo, al Comité Provincial.

Ésta estaba integrada por mujeres jóvenes, en la mayor parte de los casos universitarias, que aportaban una cultura militante distinta a la de las más veteranas y un punto de vista más abierto en relación a movimientos de liberación que no se atenían estrictamente a las luchas fabriles y a la definición clásica del concepto de clase obrera. La incorporación de esta nueva generación de mujeres llevó a la definitiva transformación del MDM, que pasó de ser concebido como el frente femenino de lucha contra la dictadura a convertirse en una organización específicamente feminista<sup>[39]</sup>.

En Asturias, tras un breve lapsus de inactividad, en el año 1970 reaparecieron tanto el Movimiento como su boletín. En esta nueva etapa, que se extendió hasta 1979, ambos pasaron a ser dirigidos por Marisa Castro (1946), joven cuadro comunista que había formado parte del grupo de estudiantes del PCE en la Universidad de Oviedo. Castro pertenecía a esa segunda generación de militantes que no habían vivido la Guerra Civil, pero que desde muy jóvenes habían tenido claro su compromiso con el antifranquismo. En su temprana toma de conciencia tuvo un papel determinante su madre, una mujer anarquista con una fuerte conciencia de solidaridad de género, que se convirtió en su primera gran escuela<sup>[40]</sup>. Su «pre-feminismo», como ella misma lo definía, la había llevado a preocuparse des-

de bien joven por organizar y sobre todo formar a las mujeres, tanto a las de su misma cultura política como a las de otras organizaciones o a las amas de casa. En 1968 las presiones policiales derivadas de su intensa actividad en la agitación universitaria forzaron su traslado temporal a Madrid, donde continuó su militancia, pero ya fuera de la Universidad<sup>[41]</sup>. Fue precisamente durante su estancia en la capital cuando surgió la idea de relanzar en Asturias el MDM. Todo comenzó con su participación en la Comisión de la Mujer del Comité Federal del PCE, que tuvo lo que ella misma calificaba como «un tránsito psicodélico» porque inicialmente estaba encabezada por un hombre. El hecho de que en su propio partido no se las considerara capaces de crear una Comisión específica para defender sus derechos sin la presencia de un hombre en la dirección hizo reflexionar a algunas de las participantes, llevándolas a la conclusión de que el único camino para cambiar las cosas era trabajar unidas con el conjunto de las mujeres. Esas mismas compañeras de Partido fueron las que la animaron a poner en marcha nuevamente el MDM en Asturias. Según la propia Marisa Castro, ni ella ni el resto de las comunistas querían tuteladas dentro del Movimiento sino que aspiraban a la mayor autonomía posible: «Yo he sido muy beligerante en estas cuestiones porque éramos muy pocas las mujeres feministas y teníamos que hacernos oír mucho y ser muy pesadas y estar todo el día un poco haciendo entender que existíamos las mujeres, que queríamos cambiar las cosas, que queríamos cargarnos a Franco, a la

39.- Vicenta Verdugo Martí, «El Movimiento Democrático de Mujeres: el compromiso político por una ciudadanía democrática», en Ana Aguado y Luz Sanfeliu (eds.), *Caminos de democracia. Ciudadanías y culturas democráticas en el siglo XX*, Granada, Comares, 2014, p. 117 y p. 126.

40.- En este sentido su trayectoria resulta un tanto excepcional en comparación con la de sus compañeras del mundo universitario, ya que lo habitual, no sólo entre las mujeres sino también entre los hombres, era la discontinuidad respecto a la cultura política de sus padres. En el caso de las mujeres, además, lo más frecuente era que rechazaran la experiencia de sus madres, que representaba, por lo general, lo contrario a sus propias aspiraciones.

41.- La implicación de Marisa Castro en la lucha política, tanto en la universidad como en otros ámbitos vinculados al PCE, se remonta al curso 1965-66, participando en los años siguientes en diferentes protestas e iniciativas. «Sumario 143/69. Informando del titulado Comité Universitario del Partido Comunista», 26 de marzo de 1969, Gobierno Civil, Secretaría Particular, Correspondencia: caja 22.631, AHA.

dictadura franquista, pero que queríamos saber si la democracia se iba a hacer con nosotras o sin nosotras»<sup>[42]</sup>.

El relevo generacional y el cambio de perspectiva que estaba empezando a apreciarse en las actividades del MDM nacional, y también en el de Asturias, quedó reflejado ya en la II Reunión General del Movimiento que tuvo lugar en mayo de 1971 y a la que asistió nuevamente la delegación asturiana, además de las de Sevilla, Córdoba, Cabra, Galicia, Alcoy, Madrid y Zaragoza. Según se afirmaba en las conclusiones de la misma: «se va superando la antigua composición de familiares de los represaliados, generalmente personas mayores que tenían una visión muy limitada de los movimientos de masas femeninos». En la Reunión se planteó también la necesidad de profundizar en el análisis de la opresión femenina así como de defender las reivindicaciones de las mujeres más allá de las tareas de solidaridad y se volvió a insistir en la táctica que el MDM debía seguir para lograr sus objetivos: la combinación de la actuación desde plataformas legales con acciones propias del Movimiento. Las asociaciones de amas de casa, los clubs y otros centros similares a los que acudían cotidianamente las mujeres permitían llegar a la masa femenina y movilizarla a través de la lucha por los problemas de la carestía de la vida, de las viviendas, de la educación, de las escuelas y guarderías o de las infraestructura en los barrios. Por ello, debían llevarse a cabo charlas, encuestas, consultas y recogidas de firmas que habrían de sumarse a la acción en la calle, con octavillas, mítines o manifestaciones. El trabajo a través de actividades legales era lento, pero ofrecía grandes posibilidades. Además, en esta segunda reunión se analizaron por vez primera las causas del desprestigio de los llamados

42.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

«movimientos feministas» y se puso de manifiesto la necesidad de llevar a cabo una labor de «esclarecimiento» para mostrar no sólo la necesidad y efectividad de los movimientos de mujeres en el presente sino sus posibilidades y proyección en el futuro<sup>[43]</sup>. El informe que con motivo de la Reunión se elaboró sobre Asturias era optimista pues, aunque el nuevo MDM acababa de iniciar su trayectoria, se auguraban grandes perspectivas «en vista del empuje de la delegación que acudió a la reunión y de su claridad de concepción en cuanto a la problemática de la mujer»<sup>[44]</sup>.

Sin embargo, a la III Reunión General, que tuvo lugar en octubre del mismo año 1971, no asistió ninguna representante del MDMA. En el contexto de dicho encuentro, eso sí, la organización estatal hizo un llamamiento a las asturianas en el que las animaba a incorporarse a la lucha general: «sumándose a las huelgas, participando en manifestaciones y piquetes, recogiendo ayuda para los parados, haciendo acciones contra la represión».<sup>[45]</sup> Como se pone de manifiesto en estas líneas, en la Asturias de principios de los setenta las luchas tradicionales relacionadas con el apoyo al

43.- «Segunda Reunión General del Movimiento de Mujeres Democráticas», mayo de 1971, Organizaciones de Mujeres, MDM, Informes: caja 117, carpeta 2, AHPCE.

44.- Francisco Erice Sebares, «Mujeres comunistas. La militancia femenina en el comunismo asturiano, de los orígenes al final del Franquismo», en Francisco Erice Sebares (Coord.), *Los comunistas en Asturias (1920-1982)*, Gijón, Trea, 1996, p. 341. A la III Reunión General sí asistieron las delegaciones de Andalucía, Canarias, Cataluña, Galicia, Guipúzcoa, Logroño, Madrid, Mallorca, Levante, Santander, Vizcaya y Zaragoza, que acordaron constituir una coordinadora general que facilitase los contactos e intercambios de experiencias. Partido Comunista de España, «Tercera Reunión General del MDM», 17 de diciembre de 1971, Boletín de Información, Tomo 35, n° 44, AHPCE.

45.- «El Movimiento Democrático de Mujeres a las Mujeres de Asturias», octubre de 1971, Organizaciones de Mujeres, MDM, Propaganda, 1965-1975, Octavillas realizadas por el MDM: caja 117, carpeta 2/6, AHPCE.



Protesta de mujeres y corte de tráfico en la calle principal de Triana. Sevilla, 1977 (Foto: M. Sanvicente - Archivo Histórico de CCOO de Andalucía).

movimiento obrero eran aún el principal referente para la movilización de las mujeres, algo que queda de manifiesto, de hecho, en un repaso a las octavillas realizadas por el MDM hasta 1975<sup>[46]</sup>. No obstante, desde esta plataforma la nueva dirección empezó también a plantear a sus militantes otro tipo de tareas, siguiendo el modelo del movimiento sindical y aprovechando las estructuras legales, a través de las cuales se fueron intercalando reivindicaciones políticas y feministas<sup>[47]</sup>. La penetración en el movimiento vecinal de las mujeres antifranquistas se había visto favorecida por el hecho de que el programa del MDMA com-

partiera un buen número de reivindicaciones con las luchas comunitarias de los barrios obreros. Sin embargo, en esta segunda etapa, las activistas de este movimiento subrayaron con mucho más énfasis la conexión existente entre las mejoras concretas de la situación en los barrios y la discriminación que sufrían las mujeres<sup>[48]</sup>. De hecho, a medida que avanzaba la década de los setenta, las protestas del MDM asturiano fueron adquiriendo un tono más reivindicativo y centrándose en la reclamación de una ciudadanía democrática para las mujeres. Así, por ejemplo, en septiembre de 1971 el Movimiento hizo un llamamiento a la solidaridad con las vecinas de Pumarín, en Gijón, donde se habían construido unos edificios que no cumplían con las mínimas condiciones de habitabilidad. En protesta por esa situación las mujeres del barrio

46.- Numerosos ejemplos de ello en Organizaciones de Mujeres, MDM, Propaganda, 1965-1975, Octavillas realizadas por el MDM: caja 117, carpeta 2/6, AHPCE.

47.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006. Castro tuvo también una importante trayectoria en el movimiento vecinal, donde encontró ejemplos prácticos de lo que durante años había nutrido las páginas de *Mundo Femenino*. Entre 1975 y 1976 fue, por ejemplo, presidenta de la Asociación de Vecinos de El Llano. Sobre el trabajo de las mujeres del MDM en el movimiento vecinal asturiano véase Claudia Cabrero, «Género, antifranquismo y ciudadanía. Mujeres y movimiento vecinal en la Asturias del desarrollismo y el tardofranquismo», *Historia del Presente*, 15 (2010/2), pp. 9-26.

48.- Como rezaban las páginas de *Mundo Femenino* en 1971: «La carestía de la vida, los bajos salarios, la falta de escuelas, de guarderías, etc. Todas unidas en la protesta, en la acción pacífica, con otras capas sociales a nuestro lado, somos una fuerza impresionante y podemos contribuir mucho a conseguir una sociedad más justa, donde todos tengamos igualdad de oportunidades reales», *Mundo Femenino*, nº de enero de 1971.

habían comenzado, ya en junio de 1970, a «ocupar» a turnos la obra, acompañadas de sus hijos y con el beneplácito del resto del vecindario. La actitud de las gijonesas fue vista como un ejemplo a seguir por parte de las mujeres de MDM que aprovecharon su protesta para animar al conjunto de las mujeres asturianas a sumarse, como aquéllas, a la lucha «por los derechos de la mujer como ciudadana»<sup>[49]</sup>.

El objetivo en esta segunda etapa era crear entre las mujeres la conciencia de que era necesario ir más allá de la lucha contra la dictadura para plantearse el futuro con un diseño democrático en el que ellas participaran y en el que estuvieran contemplados sus derechos. Y para ello era imprescindible lograr una participación plural. Marisa Castro reconocía que inicialmente estuvo muy sola, pero pronto fue consiguiendo que se «aliaran» con ella otras camaradas como Nieves Álvarez Areces, Carmen Mourenza, María Jesús y Lola Menéndez del Llano, Carmen Bascarán o Marisa Escandón, todas ellas procedentes de las ciudades de Oviedo y Gijón y vinculadas al mundo universitario. Con el tiempo se fue estrechando también la relación con el resto de organizaciones de la *nueva izquierda*, especialmente con las mujeres de la LCR y del MC, y con católicas de la JOC y la HOAC. Respecto a su implantación territorial, en esta etapa el MDMA intervino principalmente en Gijón, la ciudad asturiana con una mayor diversificación en cuanto a estructura económica y con una composición de clase más compleja y heterogénea de lo que era usual en las cuencas mineras. La actividad en torno al MDM facilitó los contactos de mujeres de distinta procedencia y generación, con diferentes culturas militantes y distintos plan-

teamientos respecto a la lucha femenina, y esta confluencia provocó, al igual que en el conjunto del Movimiento, choques y faltas de entendimiento entre sus integrantes. En Asturias, durante los primeros momentos, los mayores enfrentamientos se produjeron dentro del propio Partido Comunista. En estos años aún no podía hacerse en el comunismo regional una división entre mujeres feministas y no feministas sino más bien entre, de un lado, las militantes de clase popular, escasa preparación académica y generalmente sin trabajo cualificado, que se identificaban plenamente con el Partido y, de otro, las jóvenes de clase media, con mejor formación y profesiones liberales, que eran más críticas con el PCE. Las primeras priorizaban la lucha antifranquista frente a cualquier lucha específica y tenían la percepción de que en el MDM se olvidaban los problemas cotidianos de la mayoría de ellas para centrarse en asuntos privados considerados menos urgentes e incluso frívolos. Las segundas entendían que aquéllas ofrecían una fidelidad incondicional al Partido, mientras ellas expresaban dudas legítimas<sup>[50]</sup>. La colaboración entre unas y otras, como es lógico, no siempre fue sencilla. De hecho, los problemas se hicieron evidentes ya al plantear cómo debía enfocarse la lucha femenina. Aunque participaran en las reuniones del MDM, muchas de las mujeres *obreras* lo hacían siguiendo las consignas del Partido Comunista, pero no acababan de comulgar con el tipo de lucha que desde sus filas se planteaba. Una de estas mujeres, Honorina Álvarez Marrón, dirigente de las Juventudes del Partido, lo explicaba así: «Podía ir a alguna reunión pero no me gustaba. Yo siempre decía, las

49.- Mujeres Democráticas de Gijón, «A todas las mujeres de Gijón», junio 1971, Organizaciones de Mujeres, MDM, Propaganda, 1965-1975, Octavillas realizadas por el MDM: caja 117, carpeta 2/6, AHPCE.

50.- Mónica Moreno Seco, «A la sombra de Pasionaria. Mujeres y militancia comunista (1960-1982)», en XIII Coloquio Internacional de la AEIHM. La Historia de las Mujeres: Perspectivas actuales, Barcelona, 19-21 de octubre de 2006, Edición CD-Rom, p. 12.

mujeres... ¿por qué las mujeres sólo? [...] Se estaban discriminando ellas, en el momento en que tú te apartas, para mí te estás discriminando tú misma<sup>[51]</sup>. También Eufrosia Albes, una de las *veteranas* de las cuencas que en 1971 se había desplazado a vivir a Gijón, compartía esta visión sobre la falta de sentido del MDM, asegurando que las Mujeres Democráticas y las comunistas eran básicamente las mismas y que la diferencia se limitaba al nombre. De hecho, ella misma recordaba cómo en una de las primeras reuniones del MDM, que tuvo lugar en Langreo y que contó con la presencia, por parte del Comité Provincial, de Horacio Fernández Inguanzo, Ángel León, Julio Gallardo y Amelia Miranda, la dirección del Partido les transmitió el mensaje de que era mejor hablar de Mujeres Democráticas simplemente porque así no se «asustaba» a la gente. Al margen de las distintas visiones acerca del significado del MDM, las diferencias entre las militantes que procedían de las cuencas, como la propia Eufrosia Albes, Celestina Marrón, Anita Sirgo, Blanca Huarte o Carmen Cuervo, y las de Gijón se pusieron de manifiesto también en cuestiones más concretas, como la organización de las campañas en favor de los presos. El problema estribaba en el hecho de que, según las primeras, a ellas se les asignaban los barrios más pobres, mientras el resto, y especialmente Marisa Castro, hacía campaña entre los sectores más favorecidos, que a su vez eran los que más dinero aportaban. El enfrentamiento en torno a las formas de gestionar lo recaudado y de ponerlo en común terminó con Castro denunciando a la dirección provincial que la habían acusado de «ladrona» y Eufrosia Albes a punto de ser expulsada del Partido. Finalmente, la dirección decidió no hacerlo alegando que era «la mujer de un camarada que ha estado

preso», pero la división interna era manifiesta<sup>[52]</sup>.

El cambio en el rumbo del Movimiento se vio reflejado también en la nueva línea editorial que adoptó su aparato de propaganda. Casi dos años después de que viera la luz el último número de *Mundo Femenino*, en agosto de 1970 reapareció el boletín, ahora con periodicidad bimensual y con un cambio significativo en su subtítulo: «Portavoz del Movimiento Democrático de Mujeres». Si en la primera etapa la falta de concreción respecto a las destinatarias del periódico podía interpretarse como una forma deliberada de transmitir la idea de que se trataba de un grupo reunido en torno a cuestiones concretas y sólo indirectamente politizado, ahora se enfatizaba la existencia de un proyecto político organizado y de unas siglas propias. Otra llamada de atención sobre el cambio de rumbo la proporciona la ilustración de la portada del boletín. En 1968 la viñeta representaba un perfil femenino mirando, esperanzada y anhelante, al horizonte. En 1970, dos brazos femeninos se alzaban al cielo, previsiblemente para romper las cadenas que las sujetaban<sup>[53]</sup>. El nuevo *Mundo Femenino* tenía claramente definido el tipo de público al que se dirigía: «Nuestro periódico pretende llegar a todas las mujeres de Asturias, necesitadas de una sana información, invitándolas a que, a través de él, puedan plantear sus problemas. Planteamientos que nos llevarán sin duda a buscar soluciones que nos acerquen a la conquista de una plena emancipación, que nos permita ya de forma progresiva, contribuir al progreso social de nuestra época»<sup>[54]</sup>. El boletín compartía con muchas de las publicaciones del PCE de

51.- Entrevista a Honorina Álvarez Marrón, Gijón, 2005.

52.- Entrevista a Eufrosia Albes García, Gijón, 2012.

53.- Carlos Gordon Rodríguez, *Prensa política y sindical en Asturias en el franquismo y la transición (1937-1982)*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Oviedo, 2008.

54.- *Mundo Femenino*, nº de agosto de 1970.

esta época el escaso cultivo de la memoria histórica. En esta etapa prácticamente no había referencias al período de la Guerra Civil ni se aludía al ejemplo de *Pasionaria* tan abundante entre los materiales de propaganda femenina hasta entonces. De hecho, la única figura que discretamente se proponía como ejemplo, aunque nunca con las dimensiones de Dolores Ibárruri, era la afroamericana Angela Davis. Además, el nuevo estilo militante del MDM quedaba de manifiesto también en la voluntad de *Mundo Femenino* de llegar a un sector de las mujeres de clase obrera que, paradójicamente, había estado poco representado hasta entonces: la mujer trabajadora, la asalariada.

Castro era la encargada de escribir prácticamente todo el boletín, que también estaba abierto a colaboraciones del exterior, y de la parte técnica se encargaba Marisa Escandón. Para la reproducción de los boletines se utilizaban las máquinas del Partido y una vez elaborados los distribuían a través de las organizaciones del mismo pero también fuera de ellas, en fábricas con mano de obra femenina como IKE o CRADY, o en grandes almacenes como Botas: «Había estanterías de productos, era el primer gran almacén de Asturias [Botas] y entonces íbamos colocando el periódico en los estantes, por debajo de una prenda, para cuando una mujer viniera a coger algo, o una trabajadora. Siempre con estrategias muy diversas: el puerta a puerta hemos hecho, el buzoneo...»<sup>[55]</sup>.

Desde las páginas del nuevo *Mundo Femenino* se planteaba una amplia tabla reivindicativa: así, junto a artículos de carácter político general —sobre los conflictos laborales, la carestía de la vida, la represión, las bases americanas o la guerra del Vietnam— aparecían denuncias relacionadas con las condiciones de vida en los barrios, en las

que se reclamaba, por ejemplo, la instalación de depuradoras o la gestión municipal de los servicios públicos, en algunos casos con los primeros atisbos de denuncia ecológica. La lucha contra el «consumismo», uno de los puntos clave del movimiento vecinal, tuvo en las militantes del MDMA algunas de sus aportaciones más originales. De hecho, la visión de la cuestión que adoptó *Mundo Femenino* llama la atención por su lucidez a la hora de analizar la dimensión cultural y cualitativa del fenómeno. Igualmente original es la intuición de que la lucha contra el capitalismo incluía la necesidad de poner límites al consumo. Entre las integrantes del Movimiento había, por ejemplo, una abanderada del ecologismo, vinculada al asociacionismo cultural, que para reducir el consumo de plástico hacía bolsas de basura juntando las de la leche del día<sup>[56]</sup>. En este terreno es precisamente donde las mujeres del MDMA acabarán convergiendo con una suerte de protoecologismo que resulta excepcional en el conjunto de la prensa antifranquista. Así, por ejemplo, cuando se publicó la noticia de que cuatro mil toneladas de residuos radioactivos yacían en el Golfo de Vizcaya y empezaron a llegar los ecos de las críticas del Sindicato de Turismo francés a los gobiernos de Francia y España, *Mundo Femenino* coincidió con éstos en la amenaza que el hecho suponía tanto para el ecosistema de la zona como para los pescadores y habitantes de la costa. Con tristeza el periódico constataba que en España no se conocía protesta alguna comparable a la de los sindicatos vecinos a pesar de que los capitalistas europeos utilizaban las aguas españolas como basurero radiactivo. Se aseguraba que se jugaba con la ignorancia de

55.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

56.- Marisa Castro no recuerda el nombre completo de esta mujer a la que conocían como Conchita y de la que recuerda que era esposa de López Cuesta, sobrino a su vez del que fuera rector de la Universidad de Oviedo. Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

la gente «llamando a las cosas por distinto nombre», pero lo realmente grave era que los atropellos alcanzaban ya la gravedad de atentar «a nuestra propia existencia y a la de nuestros hijos», algo que, a nivel local, concretamente en el caso de Mieres, se materializaba en la pasividad con la que el Ayuntamiento trataba la avería de la depuradora de agua, provocando brotes de tifus y colitis<sup>[57]</sup>. Más allá de una crítica teórica, la reivindicación ecologista tenía su base en las condiciones de vida de la población obrera en general y la degradación ambiental se atisbaba como un posible banderín de enganche para la protesta y la acción colectivas. Por supuesto otro de los ejes de la crítica de *Mundo Femenino*, coincidente con las preocupaciones del movimiento vecinal, eran las consecuencias de la carestía de la vida. Las luchas contra el acaparamiento y la subida de precios habían formado parte de las tareas asignadas por la oposición a la militancia femenina desde los años cuarenta, algo que, con otra perspectiva y en un contexto bien distinto, se va a mantener en este período y hasta las postrimerías de la dictadura. Con frecuencia el periódico se hacía eco de opiniones —reales o no— de amas de casa de barrios obreros que tenían muy claro qué tipo de actuaciones había que llevar a cabo contra las condiciones de vida que el sistema económico y político les había impuesto. Así, por ejemplo, al reproducir una conversación en la cola de la compra en Gijón, se aseguraba que la pregunta que circulaba entre las mujeres era: «¿Por qué no vamos a visitar al Alcalde, para manifestar nuestra protesta por la carestía de la vida, exigiendo un mejor control sobre el precio de los artículos, sobre el mal estado de las calles, etc.?» Además, la lucha por la mejora de las condiciones de vida incluía, evidentemente, la escolarización de los ni-

57.- *Mundo Femenino*, nº de septiembre de 1971.

ños y, tampoco en este caso, había razón alguna por la que discriminación de género y reivindicación comunitaria no pudieran convivir en la misma protesta, como ocurrió, por ejemplo, en el caso de la supresión del Colegio de La Rebollada en 1970<sup>[58]</sup>. Lógicamente, al lado de este tipo de artículos, los más habituales seguían siendo aquéllos que insistían en denunciar problemas específicamente femeninos como la explotación de la mujer por el hombre, la necesidad de una educación igual como base para una plena emancipación o la importancia de la incorporación al trabajo para favorecer la independencia económica y la realización personal de las mujeres. Además, cumpliendo una de las funciones clásicas de la prensa clandestina, *Mundo Femenino* trató también de ejercer de orientador del gusto de sus lectoras ofreciendo una alternativa a la difusión de productos culturales de masas y poniendo de manifiesto la necesidad de acabar con los estereotipos que abundaban en la prensa oficial sobre el papel tradicional que las mujeres debían asumir en la sociedad y la familia. Ya en el primer número de esta nueva fase se dejaba claro que el propósito del periódico era oponerse a la degradación cultural y al «embrutecimiento» de las revistas femeninas habituales y combatir la imagen de la mujer que predominaba en la radio, la televisión, «las historietas de reinas y príncipes», las «novelas rosas» y la publicidad<sup>[59]</sup>.

La estrategia del boletín era, por tanto, partir de lo considerado *femenino* para movilizar a las mujeres, combinando las reivindicaciones políticas y sociales con otras relacionadas con problemas específicos que cada vez iban adoptando un tono más reivindicativo. Es importante destacar que los

58.- *Mundo Femenino*, nº de agosto de 1970.

59.- *Mundo Femenino*, nº 1 (segunda época) de agosto de 1970.

contenidos y la línea editorial del periódico no pasaban ninguna supervisión. Al contrario, eran las propias mujeres, y especialmente Marisa Castro, quienes lo decidían: «No te digo que no haya tenido intentos de supervisión, claro que había intentos de supervisión, con nombres y apellidos, pero... He de decir que tuve que actuar con inteligencia además de con prudencia para que no me quitaran del medio, porque mi objetivo era estar allí el mayor tiempo posible, porque un periódico era para nosotras un instrumento de poder tremendo, ¿no? Entonces yo he de decir que he tenido suerte, pero en esos momentos eran sólo intentos de supervisión». A pesar de que el feminismo de la cabeza visible del Movimiento generaba recelos entre los miembros del Comité Provincial, hubo también líderes del Partido que mostraron una total confianza en la labor del MDM, y en concreto en la suya propia, como Horacio Fernández Inguanzo o Juan Muñiz Zapico, lo que hizo más fácil su trabajo. De hecho, como ella misma afirmaba: «ese instrumento de poder que es un periódico lo pusieron en manos de una feminista»<sup>[60]</sup>.

En efecto, especialmente en esta etapa, además de un medio de comunicación, *Mundo Femenino* se reveló como una valiosa herramienta para la formación política y la cohesión interna de sus participantes. En este sentido, resultan sumamente interesantes las lecturas colectivas que en el Gijón de comienzos de los setenta promovía Marisa Castro:

«Yo les leía los periódicos a las mujeres de mi partido. Yo me reunía con las mujeres y algunas no sabían leer, otras eran prácticamente analfabetas funcionales y entonces yo les leía los periódicos en alto y les explicaba. Primero se los leía y luego nos po-

níamos a debatir cosas concretas. Con las mujeres de mi partido y con las mujeres de los presos. [...] Las reuniones eran leyendo los artículos, leyéndolos y no exigiéndoles a ellas el plus de «léetelo tú sola en tu casa» sino, primero, poniéndoselo fácil, socializándolo, haciendo que fuera algo divertido, que se sintieran cómodas y que vieran que eso era interesante para que luego ellas ya tuvieran la curiosidad de hacerlo por su cuenta y de tratar de superarse»<sup>[61]</sup>.

Una de las cuestiones más delicadas sobre las que el MDM a través de las páginas de *Mundo Femenino* comenzó a generar debate fue la de la maternidad. Así, por ejemplo, en el número correspondiente a noviembre-diciembre de 1972, el boletín publicó una de las declaraciones feministas más abiertas que se pueden encontrar en sus páginas. El texto partía de la constatación de que, dentro de la unidad familiar, la crianza recaía exclusivamente en la mujer mientras el hombre no tenía prácticamente ninguna obligación legal de compartir esta tarea, lo que llevaba a considerar a la ley que sancionaba este comportamiento como una herramienta que apuntalaba la vinculación de la mujer al hogar. Para realizarse en lo personal y vencer el aislamiento que suponía la rutina cotidiana del hogar, la mujer necesitaba acceder al trabajo asalariado, pero en España éste se consideraba un freno para la productividad y por eso se utilizaba la maternidad para apresar a la madre en una estructura familiar tradicional y conservadora: «los niños suponen para ella una carga, un freno, una traba más para su desalienación específica como trabajadora

60.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

61.- *Ibidem*. También mujeres como Anita Sirgo, para quienes leer exigía un gran esfuerzo, valoraban estas lecturas colectivas y las discusiones que entre ellas generaban. Entrevista a Anita Sirgo, Lada, 2006, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo.

y ser humano»<sup>[62]</sup>. A medida que avanzaba la década de los setenta no sólo la maternidad, sino cuestiones como los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres o incluso los malos tratos dentro del hogar, empezaron a ocupar un lugar destacado tanto en las páginas de *Mundo Femenino* como en los seminarios de trabajo que el MDM había empezado a celebrar en Oviedo. En estas reuniones se analizaban las estrategias del Movimiento, se diseñaban sus acciones y se planteaban temas como el aborto y el divorcio, ante la incomodidad e incompreensión de las mujeres de las comarcas mineras<sup>[63]</sup>. Pese a los esfuerzos de las más jóvenes por dotar de contenido político a estas reivindicaciones, aquéllas seguían pensando que lo prioritario era la resistencia política y la consecución de la democracia. Los debates relacionados con la sexualidad provocaban rechazos y ponían de manifiesto que causa social y causa sexual seguían entrando en contradicción y generando discrepancias en la cultura comunista<sup>[64]</sup>.

Pese a los cambios que, desde comienzos de la década de los sesenta, se habían ido operando en la mentalidad y las actitudes de las y los comunistas asturianos, pervivían vestigios de la vieja moralidad militante que se hicieron ahora especialmente visibles. El nuevo giro que la perspectiva feminista imprimió a los programas y objetivos del MDM provocó el rechazo de un sector del Movimiento y del propio Partido y puso de manifiesto que cada vez eran más insalvables las dificultades para articular una organización unitaria de mujeres. Los testimonios de sus protagonistas

revelan divergencias que eran tanto de carácter vertical, es decir, entre la dirección y la base femenina, como horizontal, entre las mujeres decididamente feministas y las que no lo eran. Mientras para el PCE y para las comunistas más veteranas la deriva feminista era una desviación de lo prioritario, para una minoría, la dependencia de la lucha antifranquista y la «manipulación» por parte del Partido de las acciones de las mujeres era la que lastraba sus objetivos<sup>[65]</sup>. Estos choques hicieron difícil el camino del Movimiento pero, en el caso asturiano, al menos entre las propias mujeres, los deseos de colaboración por ambas partes fueron más fuertes que los conflictos:

«Éramos pocas las mujeres que nos escapábamos de la alienación machista, muy pocas, pero también he de decir que [las mujeres de extracción obrera] fueron grandes colaboradoras del MDM, grandes militantes del MDM y que entendieron muy deprisa. [...] Entonces, de alguna manera yo siempre me he sentido muy cerca de ellas, he aprendido muchas cosas de ellas, muchas. Casi todo lo que sé lo he aprendido de ellas. Y han sido generosas y han sabido defender y respetar. Y yo puedo decir que me he sentido muy respetada por las mujeres de mi cultura, que me siento muy respetada por las mujeres de mi cultura. Y esa diferencia para mí es muy notable. Yo no puedo juzgar igual a una mujer de los años 60 que está en la represión, en la postguerra, en el duelo de tantos seres queridos que se quedaron en la cuneta, sobre todo en Asturias, yo no puedo juzgarla igual que la mujer que ha tenido la oportunidad de ir a la univer-

62.- *Mundo Femenino*, nº de nov.-dic. de 1972.

63.- F. Erice Sebares «Mujeres comunistas», p. 339; Entrevista a María Dolores Menéndez del Llano, Oviedo, 2011, Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

64.- V. Verdugo Martí, «El Movimiento Democrático de Mujeres», p. 128.

65.- Francisco Arriero Ranz, «El Movimiento Democrático de Mujeres: de la lucha antifranquista a la conciencia feminista (1964-1975)», *Actes del Congrés La Transició de la dictadura franquista a la democràcia*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 2005, p. 254. G. Pala, «Entre paternalismo e igualitarismo», p. 142.



Encierro de mujeres del MDM como acto de protesta contra la prohibición gubernativa de celebración de un acto informativo sobre planificación familiar. Sevilla, noviembre de 1976 (Foto: José Julio Ruiz Benavides - AHCCOOA).

sidad, por tanto, de entrar en contacto con una realidad más plural»<sup>[66]</sup>.

A pesar de las diferencias, mujeres mayores y otras más jóvenes compartían referencias provenientes de su cultura política comunista y, para estas últimas, aquéllas eran ejemplos a los que no estaban dispuestas a renunciar. También los testimonios de las más veteranas ponían de manifiesto que los enfrentamientos debían interpretarse *simplemente* como un problema relacionado con la existencia de dos estilos militantes diferentes, ambos válidos y ambos respetables y, de hecho, no fueron pocas las ocasiones en las que sus experiencias se vieron igualmente enriquecidas con la formación política y cultural de las más jóvenes.<sup>[67]</sup> Ahora bien, si entre las mujeres comunis-

tas acabó primando el entendimiento, este propósito se complicó con los compañeros de militancia. Aunque desde principios de los setenta el PCE había dado muestras de un interés creciente por los problemas de la mujer, la práctica del Partido distaba aún de responder a las expectativas planteadas por sus dirigentes entre los que, como afirmaba Marisa Castro en relación al caso asturiano, era muy difícil encontrar complicidad<sup>[68]</sup>. Ciertamente hubo excepciones como las de Horacio Fernández Inguanzo, Juan Muñiz Zapico o Vicente Gutiérrez Solís, quienes habían llegado a la conclusión de que, pese a las dificultades que todo cambio de mentalidad implicaba, la adopción del feminismo era un paso necesario para el Partido<sup>[69]</sup>.

Sin embargo, en tanto que organización plural, el MDM tuvo que hacer frente

66.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

67.- Entrevista a Anita Sirgo, Lada, 2006, Archivo de Historia del Trabajo, Fundación 1º de Mayo; Entrevista a Eufrosia Albes García, Gijón, 2012.

68.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

69.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006; Testimonio de Vicente Gutiérrez Solís recogido en F. Romeu Alfaro, p. 85.

en estos años, además, a dificultades que procedían de las discrepancias entre militantes del PCE y otros grupos de la *nueva izquierda*, como el PTE, la ORT o el MCE, que empezaban a involucrarse en la lucha de las mujeres y a generar escisiones en el seno del Movimiento<sup>[70]</sup>. Como consecuencia de estas tensiones, la composición del MDM experimentó importantes transformaciones, que se concretaron en la redacción, en 1976, de un nuevo programa como Movimiento Democrático de Mujeres/Movimiento de Liberación de la Mujer (MDM/MLM). Éste, a diferencia del definido en las reuniones de 1970 y 1971, consideraba la incorporación de la mujer al trabajo remunerado como una premisa básica para su liberación y se mostraba mucho más tajante en las reivindicaciones relativas a la vida familiar. Se demandaba el matrimonio civil, la legalización de los anticonceptivos y del aborto, y la amnistía para los actos considerados delictivos por una legislación que discriminaba a la mujer. Pero, además, en este nuevo programa, había una diferencia fundamental respecto al anterior. Mientras en el primero, aún a la altura de 1974, se reconocía que el MDM no propugnaba una forma de lucha específica reservada a las mujeres, en 1976 se definía al MDM/MLM como un Movimiento Feminista, puesto que su objetivo era luchar contra la discriminación de la mujer. Se entendía que la lucha feminista exigía una respuesta de masas ya que sólo la asunción por parte de la gran mayoría de mujeres de su situación de oprimidas haría posible eliminar, de hecho, las dis-

70.- A nivel estatal, en 1971 un grupo de mujeres cristianas abandonó el MDM por considerar que el planteamiento de éste era excesivamente feminista y que se estaba olvidando el objetivo prioritario de la lucha de clases. En 1973 hizo lo mismo un reducido grupo de mujeres comunistas. Véase para estas cuestiones M. Comabella, «Movimiento Democrático de Mujeres», pp. 254-256.

criminationes que pesaban sobre ellas<sup>[71]</sup>.

Si desde el comienzo de los años setenta habían surgido en el seno del Movimiento fuertes tensiones, el nuevo giro adoptado agravará la situación. En el mismo año 1976 las mujeres del PTE abandonaron el MDM para crear, junto con las militantes de la ORT, la Asociación Democrática de la Mujer. Posteriormente surgirán también problemas entre las mujeres de estos partidos políticos, y las militantes de la ORT formarán la Unión para la Liberación de la Mujer. Por su parte, las mujeres socialistas, que en un momento dado y de forma minoritaria habían militado en el MDM, a medida que se aproximaba el fin de la dictadura decidieron dedicarse prioritariamente a trabajar en el seno de su partido. Obviamente, también en el propio PCE surgieron fuertes discusiones ideológicas, aunque las grandes divergencias se manifestaron sobre todo en la práctica política. Como consecuencia de estas discusiones, se produjo el abandono por parte de un grupo de militantes del Partido del MDM de Madrid. Poco tiempo después, la dirección nacional del PCE consideró que el MDM había tenido su importancia durante la dictadura, pero que no tenía razón de ser en los albores de la democracia. Muchas comunistas se mostraron contrarias a esta decisión y optaron por seguir trabajando en el MDM, que durante esta época jugó también un papel importante en el conjunto del Movimiento Feminista<sup>[72]</sup>.

71.- «Movimiento Democrático de Mujeres», julio de 1974, Organizaciones de Mujeres, Movimiento Democrático de Mujeres, Propaganda, 1968-1975, Octavillas realizada por el MDM: caja 117, carpeta 2/6, AHPCE; Programa del Movimiento Democrático de Mujeres/Movimiento de Liberación de la Mujer, Madrid, octubre de 1976. Folleto publicado por el MDM/MLM, Organizaciones de Mujeres, Movimiento Democrático de Mujeres, Programas 1976: caja 117, carpeta 2/1, AHPCE.

72.- Carmen Suárez Suárez, *Feministas en la Transición asturiana (1975-1983). La Asociación Feminista de Asturias*,

El MDM/MLM asturiano no permaneció ajeno a la transformación que se experimentó en el conjunto del Movimiento a raíz de los primeros encuentros coordinados con grupos feministas de todo el Estado. En él se habían integrado algunas universitarias que se mostraban proclives a defender un programa semejante al elaborado en las jornadas de 1975 y una de las estrategias adoptadas fue plantear un programa feminista para aglutinarlas y potenciar la propia organización. El sector más favorable a defender el programa feminista, el universitario, tenía en 1976 treinta mujeres<sup>[73]</sup>. En noviembre de ese año, las páginas de *Verdad*, Órgano del Comité Regional de Asturias del PCE, recogían la entrevista a una militante del MDM/MLM asturiano, a través de la cual se hacía público el programa del Movimiento que recogía «todas las reivindicaciones feministas» y que estaba basado en el marco de la actuación para el Estado. La entrevistada abogaba, además, por la unión de la liberación de las mujeres con la de los sectores obreros: «Nuestra lucha está unida a la de la clase trabajadora, aunque nosotras introducimos en esta lucha una serie de reivindicaciones específicas que creemos ayudarán a la liberación del pueblo en su conjunto. [...] La solución al problema femenino es obra fundamentalmente de las propias mujeres, de un movimiento colectivo, de masas, y no de minorías muy avanzadas políticamente»<sup>[74]</sup>. Como ha señalado Carmen Suárez, es muy probable que al hablar de una asociación «minoritaria» esta militante se refiriera a la Asociación Feminista de Asturias (AFA), que en este mismo mes de noviembre de 1976 se había presentado

públicamente, defendiendo su autonomía e independencia respecto a los partidos políticos y con un programa inspirado en las Jornadas de la Dona de Barcelona. Las reuniones que durante todo el año 1976 se sucedieron para organizar un movimiento unitario pusieron de manifiesto que esta tarea iba a presentar serias dificultades. Las integrantes de grupos de la *nueva izquierda* y colectivos como el Feminista de Asturias no querían sumarse a una asociación que propiciaran las mujeres del PCE y del MDM/MLM, porque tenían posiciones teóricas y prácticas diferentes<sup>[75]</sup>. Una vez más las comunistas eran acusadas de querer hegemonizar el Movimiento, críticas de las que Marisa Castro se defendía asegurando que su militancia y la de sus compañeras en el feminismo había sido siempre libre e independiente<sup>[76]</sup>.

Finalmente, el programa del movimiento unitario se discutió y se divulgó, pero para entonces las integrantes del MDM/MLM ya lo habían abandonado. Hubo quienes se sumaron individualmente pero no desde las instancias del PCE. AFA acabó aglutinando a las feministas independientes y a quienes militaban en los partidos de la *nueva izquierda* y contó con la presencia del Colectivo Feminista de Asturias<sup>[77]</sup>. El feminismo del MDM/MLM fue relegado, pero sus militantes siguieron colaborando y cooperando desde las iniciativas que se habían propiciado ya desde los años sesenta e intentando organizar un movimiento de masas. Para ello, siguieron planteando el programa de sus primeros años, centrado en llegar a un colectivo plural de mujeres y unir la lucha por las libertades con la específicamente femenina hasta que, en 1979, el

Oviedo, KRK, 2003, pp. 89-90.

73.- Carmen Suárez Suárez, *El feminismo asturiano en la oposición al Franquismo y en la Transición democrática. Vivencias, conciencia y acción política*, Tesis Doctoral, Oviedo, 2012.

74.- *Verdad*, noviembre 1976.

75.- C. Suárez Suárez, *El feminismo asturiano en la oposición al Franquismo*.

76.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

77.- C. Suárez Suárez, *El feminismo asturiano en la oposición al Franquismo*.

MDM asturiano desapareció, según su principal responsable, liquidado por el Partido:

«Yo creo que nos quitaron del medio. Yo creo que sí, que hubo dirigentes que se asustaron con la fuerza del Movimiento y también con la energía que teníamos las dirigentes del Movimiento que es que éramos torbellinos y trabajábamos denodadamente y éramos también las que denodadamente trabajábamos en la solidaridad de los presos, porque además la mayoría éramos mujeres de presos. Teníamos mucha presencia. Y claro, en el año 79 ya estábamos en etapa democrática y ya había instituciones y ya había habido elecciones generales y ya fueron las primeras municipales en ese año y ya había que repartir...»<sup>[78]</sup>.

### Un espacio plural de reflexión y confluencia

El Movimiento Democrático de Mujeres tuvo en Asturias una experiencia jalonada de conflictos, tensiones y dificultades pero, en conjunto, su trayectoria puede considerarse un logro. Reducir la polémica dentro del mismo a una oposición binaria mejor o peor resuelta, impediría valorar su papel como lugar de confluencia entre mujeres y como espacio generador de conciencia y acción colectivas. El MDM consiguió crear sus propias referencias y transmitir sus propios valores sociales, culturales y políticos. Uno de sus mayores éxitos consistió, precisamente, en su capacidad para convertirse en foco de construcción de una nueva subjetividad femenina, a través de la negociación y la convivencia de tradiciones y orígenes diferentes. El sentimiento de poder colectivo animó a mujeres de ideologías diferentes a involucrarse en protestas e iniciativas que, desde la politización de lo cotidiano,

se enfrentaban a la moralidad y respetabilidad estrechas que el régimen pretendía imponer a colectivos como el femenino. La práctica política dentro del MDM impulsó el activismo femenino de forma evidente y, además, la labor de sus integrantes potenció la lucha en los barrios. A través de la acción colectiva femenina, problemas sociales de la vida cotidiana de las mujeres de la clase trabajadora se enlazaron con otras cuestiones políticas de carácter más general, como la falta de libertades y de derechos o la desigualdad entre las clases sociales. Y esta estrategia, tras la que subyacía una forma de politizar lo cotidiano, dio al rol de ama de casa y de madre de familia una nueva dimensión.<sup>[79]</sup> Además, el hecho de formar parte de un movimiento autónomo permitió a sus militantes poner en práctica una capacidad de actuación política y social que tanto el régimen como, en mayor o menor medida las organizaciones de la izquierda tradicional, les habían negado. Incluso el haber conseguido lanzar un boletín dirigido y redactado por las integrantes del Movimiento constituye una experiencia única que merece ser destacada. Por primera vez aparecía de forma expresa en una publicación un tratamiento directo de la explotación femenina. Además, *Mundo Femenino* proporcionó a las mujeres, y especialmente a un sector de la militancia comunista apartado tradicionalmente de las tareas de dirección, un espacio de discusión, actividad y contacto donde esbozar un principio de cierta autonomía política.

Respecto al propio Partido Comunista, la influencia de MDM se dejó sentir también en su interior en un doble sentido. En primer lugar, el hecho de que en sus acciones participaran mujeres independientes fortaleció al Partido, ya que algunas de ellas

78.- Entrevista a Marisa Castro Fonseca, Madrid, 2006.

79.- Temma, Kaplan «Luchar por la democracia», pp. 89-107.



Manifestación feminista a finales de la década de 1970 (Foto: Archivo Histórico del PCE).

acabaron integrándose en sus filas a través de esta vía. Pero, además, la trayectoria del MDM refleja la evolución del discurso del PCE respecto a la organización política de las mujeres y la forma en la que las comunistas lo asumieron, negociaron o cuestionaron<sup>[80]</sup>. Las contradicciones introducidas en el discurso tradicional por la nueva militancia femenina y la apertura de vías para el debate interno sobre el feminismo hicieron que la cuestión de la liberación de la mujer fuera incorporándose cada vez con más fuerza a los programas del PCE, que empezó a ser consciente la necesidad de adaptar su discurso y su práctica política a los nuevos retos que iba introduciendo la propia movilización de las mujeres. De hecho, el interés creciente que desde principios de los setenta mostró el Partido ante los problemas de

las mujeres ya no sólo obedecía al deseo de integrar en sus filas a un mayor número de ellas sino también a la presión de algunas militantes y a la creciente importancia del feminismo. Ya en septiembre de 1970 el Comité Central había hecho público un manifiesto en que se reconocía el intenso trabajo del MDM y en 1972, en el VIII Congreso del Partido, se enunció la necesidad de dar un giro de 180 grados sobre el problema de la mujer. En el informe presentado al Comité Central, Santiago Carrillo hacía autocrítica, al tiempo que destacaba la labor del MDM asegurando que, pese a no haber tenido el camino fácil, había logrado en pocos años resultados alentadores<sup>[81]</sup>. Un año después,

80.- Nadia Varo Moral, «La larga sombra del Movimiento Democrático de Mujeres. El PSUC y la organización de mujeres durante el franquismo», *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, 47-48 (2012), pp. 48-49.

81.- *Nuestra Bandera*, nº 65, 3er trimestre de 1970; «Hacia la libertad. Informe del CC presentado por Santiago Carrillo», *Actas VIII Congreso del Partido Comunista de España*, 1972, pp. 71-72. También Ignacio Gallego, en su intervención en el Congreso, insistió en la necesidad de facilitar la incorporación de mujeres al Partido y alabó la actuación del MDM. Ignacio Gallego, «Problemas de organización y modificaciones a los estatutos», *Actas VIII Congreso del*

en 1973, el Manifiesto-Programa volvía a insistir en la necesidad de adoptar medidas que liberaran a la mujer de su condición doblemente explotada<sup>[82]</sup>. El debate con el feminismo, áspero en no pocas ocasiones, enriqueció y forzó la autocrítica del discurso del PCE, logrando que se replantearan algunas posiciones tradicionales asumidas hasta entonces como la última palabra sobre la cuestión. De hecho, desde la perspectiva de género, el lenguaje político del PCE ofrece en los años setenta un panorama interesante caracterizado por una renovación intensa de su vocabulario analítico. Así, sobre todo en los materiales de agitación y propaganda, empieza a detectarse cierta tendencia a abandonar progresivamente la consigna, dirigida a las mujeres, de limitarse a subsumir sus reivindicaciones específicas en la lucha antifranquista general.<sup>[83]</sup> El eco de estos cambios alcanzó también a la organización y propaganda asturianas y el órgano del comunismo regional, *Verdad*, comenzó a insertar en sus páginas, desde finales de la primera mitad de los setenta, análisis teóricos de la condición social de la mujer asturiana en un estilo que hasta entonces sólo había practicado, entre los comunistas, *Mundo Femenino* [84]. Pese a las cautelas y la desconfianza, los comunistas empezaban a aceptar que las aportaciones del feminismo debían ser incorporadas y no eternamente pospuestas en aras de un

objetivo superior. De hecho, en la II Conferencia Nacional del Partido, celebrada en 1975, se llegó a afirmar que el PCE era el Partido de la Liberación de la Mujer, una línea de pensamiento que se confirmó en la Conferencia sobre el problema femenino, celebrada también en 1976, y, ya en la legalidad, en el IX Congreso que tuvo lugar en 1978.<sup>[85]</sup> Además, tanto en los meses que precedieron a la legalización del PCE como en los inmediatamente posteriores, los problemas de la mujer y el papel del MDM/MLM fueron objeto de frecuente tratamiento por parte de la prensa comunista. Ciertamente esta apertura tenía aún sus limitaciones. Sin ir más lejos, la intensa labor de captación llevada a cabo por el MDM asturiano no obtuvo, por ejemplo, un reconocimiento en forma de mayor poder y acceso de sus mujeres a los puestos dirigentes del Partido. Sin embargo, no conviene tampoco subestimar los avances que experimentó el comunismo en esta materia, ni los logros y los esfuerzos de las militantes para conseguir cambiar la percepción que sus camaradas varones tenían tanto de su actividad política y social como de su visión de las mujeres en general.

El MDM contribuyó, en definitiva, a hacer visible la labor femenina en la oposición al franquismo, impulsó la lucha en los barrios, favoreció la denuncia del machismo imperante en la izquierda y fue clave en el desarrollo del feminismo en los años finales de la dictadura. Su mayor potencial residió en su capacidad para convertirse, en tanto que movimiento autónomo y plural, en un espacio femenino de reflexión y al mismo tiempo de confluencia. Es cierto que la coincidencia de mujeres obreras con militantes más jóvenes, con un perfil diferente y con una visión más clara de la sub-

*Partido Comunista de España*, 1972, pp. 295-296.

82.- «Manifiesto-Programa del PCE», 1973, Documentos del PCE: carpeta 54, AHPCE.

83.- Mónica Moreno Seco, «Mujer y culturas políticas en el franquismo y el antifranquismo», en Ana Aguado y Teresa M. Ortega, *Mujeres y culturas políticas, Pasado y memoria. Revista de Historia Contemporánea*, nº 7 (2008), p. 176.

84.- Véase Claudia Cabrero Blanco, «El ejemplo de las asturianas. Género, clase e identidad a través de la cultura política del PCE (1937-1975)», en Rubén Vega García (coord.), *El movimiento obrero en Asturias durante el Franquismo. 1937-1977*, Oviedo, Fundación Muñiz Zapico/ KRK, 2013, pp. 138-143.

85.- Ignacio Gallego, *El desarrollo del Partido Comunista*, París, Colección Ebro, 1976, pp. 191-193; M. Moreno Seco, «Mujer y culturas políticas», pp. 175-178.

ordinación femenina, provocó a menudo el surgimiento de disputas y enfrentamientos entre ellas y que la difícil convivencia entre posiciones enfrentadas limitó considerablemente las posibilidades de actuación del MDM durante los últimos años. Sin embargo, esta misma coincidencia fue también la que favoreció la creación de lazos solidarios gracias a los cuales las experiencias de unas mujeres se enriquecieron con las de las otras. Fue así como los vínculos establecidos en movimientos informales como los motivados por la solidaridad y los consumos sirvieron a las mujeres más jóvenes para aplicarlos al MDM, mientras la presencia de activistas con mayor formación profesional o cultural, relacionadas con el ámbito universitario, el mundo del derecho o la reivindicación feminista, enriqueció la lucha de las más veteranas. El trabajo en un espacio de actuación política definido y dirigido por mujeres fomentó la aparición de una complicitad y solidari-

dad de género que en unos casos fortaleció un compromiso previo, en otros mostró el camino de la lucha política y en ocasiones llevó a luchar por encontrar un lugar dentro del espacio político y por reivindicar el debate feminista en el ámbito público. De hecho, el trabajo desarrollado por el MDM y su capacidad para divulgar entre las clases populares un feminismo moderado, dotaron al movimiento feminista de una base social que le proporcionó visibilidad y capacidad de presión durante los primeros años de la transición a la democracia.<sup>[86]</sup> El camino que quedaba por recorrer era aún largo, pero la labor que militantes de varias generaciones llevaron a cabo en los años finales de la dictadura desde el interior del Movimiento Democrático de Mujeres jugó un importante papel en el cambio político y social iniciado en los años finales del franquismo y fue determinante en el proceso de reelaboración de una nueva ciudadanía democrática.

---

86.- Francisco Arriero Ranz, «El Movimiento Democrático de Mujeres: del antifranquismo a la movilización vecinal y feminista», *Historia, Trabajo y Sociedad*, 2 (2011), pp. 59-62.